

## Trabajo de Fin de Grado

La construcción científica de la idea de inferioridad  
femenina en la España moderna (siglos XVII y  
XVIII)

*The scientific creation of women's inferiority ideas  
in Early Modern Spain*

Autora

Paula González Cambón

Directora

Dra. Laura Malo Barranco

Facultad de Filosofía y Letras, Grado de Historia

2020-2021

**Resumen:** Este trabajo ofrece una recopilación de las aproximaciones a las teorías anatómicas y médicas modernas que se dieron entre los siglos XVII y XVIII en España para explicar la idea de la inferioridad femenina. Dicho tipo de teorías estuvieron acompañadas del triunfo de la teoría de la complementariedad de los sexos desde un plano teológico-moral. Así, se planteará que las teorías científicas y complementarias se utilizaron activa y conjuntamente como forma de dar una nueva legitimidad a la subordinación de las mujeres en un momento de cambio político, social y cultural.

**Palabras clave:** mujeres, anatomía, medicina, domesticidad, Revolución Científica, Ilustración, España.

***Abstract:** This essay offers an approach to the anatomic and medical modern theories that were accepted between the 17<sup>th</sup> and 18<sup>th</sup> centuries in Spain to explain women's inferiority ideas. This kind of theories were accompanied by the success of the complementarity theory of the sexes from a theological-moral level. Thereby, this essay will present that the scientific and complementary theories were actively and jointly used to provide a new legitimacy for women subordination in a period of political, social and cultural changes.*

***Keywords:** women, anatomy, medicine, domesticity, Scientific Revolution, Enlightenment, Spain.*

# **ÍNDICE**

1. Introducción.....	4
2. Estado de la cuestión y metodología.....	6
3. La mujer desde la Antigüedad hasta el Renacimiento.....	10
3.1. La teoría hipocrático-galénica de los humores y la teoría aristotélica del cuerpo isomorfo.....	11
3.2. Aportaciones del Renacimiento: Vesalio y Huarte de San Juan.....	15
4. La construcción científica del segundo sexo.....	20
4.1. Anatomía y esqueletos femeninos.....	23
4.2. Medicina de divulgación.....	29
5. La aplicación moral de las innovaciones científicas: la nueva concepción doméstica de la mujer.....	34
6. Conclusiones.....	40
7. Índice de figuras.....	43
8. Bibliografía.....	46

## 1. Introducción.

La idea de los dos sexos como nuevo fundamento para el concepto de género fue un «invento del siglo XVIII»<sup>1</sup> y para ello fue necesaria una «revolución religiosa, moral y política»<sup>2</sup>. Dicho cambio se desarrolló desde dos planos: a nivel epistemológico, desde el siglo XVII y llegando a su cenit con la obra de Foucault; y de forma socio-política, iniciándose en la Ilustración con las ideas de Rousseau para consolidarse a lo largo de la Edad Contemporánea.

Fue al final de la Edad Moderna cuando los científicos, en especial los anatomistas, realizaron una reforma en las definiciones o visiones de la diferencia sexual. Autoras como Londa Schiebinger lo califican como una «verdadera revolución»<sup>3</sup>. Sin embargo, este viraje afectó sobre todo a la revalorización de los órganos sexuales femeninos y al papel de la mujer en la reproducción.

En adelante el sexo dará explicación al propio ser y con ello al cuerpo humano. Así, el método científico moderno encontró una nueva forma de explicar la superioridad masculina con una base que pretendía ser universal, objetiva y racional; es decir, aportó un novedoso fundamento que apoyó las consideraciones tradicionales y fue precisamente ahí donde encontró su éxito.

Dicha idea fue acompañada a nivel político-filosófico con el concepto de la complementariedad sexual que se «consolidó entre 1760 y 1820»<sup>4</sup> y que tuvo como mayor representante al ilustrado Rousseau. Según esta teoría, la mujer no sería un ser inferior —entendiéndose como no desarrollado completamente— sino complementario y necesario para el hombre en aras de una estabilidad familiar, social y estatal. Ambas explicaciones hicieron que se afianzara la idea de la mujer privada, dedicada plenamente a la maternidad y al hogar, frente al hombre público y nacional, fuerte e inteligente.

A su vez, estas teorías llevarían a la expulsión de una serie de valores, cualidades y características relacionadas con la feminidad que desde la Antigüedad se habían respetado o tolerado al ser considerada inferior la mujer por naturaleza.

---

<sup>1</sup> LAQUEUR, Thomas, *La Construcción del Sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, Madrid, Cátedra, 1994, pp. 157-158.

<sup>2</sup> HARDING, Sandra, *Ciencia y feminismo*, Madrid, Morata, 1996, p. 177.

<sup>3</sup> SCHIEBINGER, Londa, *¿Tiene sexo la mente? Las mujeres en los orígenes de la ciencia moderna*, Madrid, Cátedra, 2004, p. 22.

<sup>4</sup> *Ibíd.*, p. 310.

Debemos tener en cuenta que este proceso de cambio se empezó a desarrollar durante la Revolución Científica, entre los siglos XVI y XVII, momento en que interesó especialmente la profesionalización de las ciencias, puesto que las principales innovaciones se produjeron fuera de las universidades por el excesivo control religioso de la institución y los profesionales liberales empezaron a exigir su reconocimiento.

Muchas de las prácticas médicas tradicionales o realizadas fuera del ámbito universitario fueron denunciadas, incluyendo las realizadas por mujeres. Éste fue el caso de las comadronas, pues los médicos varones consideraron que las parteras no tenían los conocimientos ni la inteligencia suficiente para atender los nacimientos. De este modo los médicos buscaban eliminar a las mujeres del campo ginecológico para asumir las labores en la atención de los partos que tradicionalmente habían estado vinculadas al conjunto femenino.

Además, la Ilustración siguió el campo iniciado por la Revolución Científica y quiso dar explicaciones universales, lógicas y racionales en los distintos campos del conocimiento, dando consigo a la burguesía una posición preeminente. La educación femenina del Siglo de las Luces frente a los periodos anteriores tuvo una gran importancia porque se otorgó más importancia a la educación de las niñas, hecho que conseguía mujeres formadas y capaces de manejar la administración del hogar y la crianza.

Como consecuencia algunas mujeres ostentaron puestos públicos en las Cortes y los salones, e incluso algunas de ellas llegaron a ocupar puestos tradicionalmente masculinos, si bien fue de forma excepcional. Podemos mencionar, por ejemplo, el salón «La Academia del Buen Gusto», presidido por Josefa Zúñiga de Castro o el salón de la finca «El Capricho» por la condesa-duquesa de Benavente y Osuna; y el acceso de Josefa Amar y Borbón a la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País. Se consideró el avance en la formación de las mujeres podía llegar a ser un peligro para el *status quo* y alterar el orden social, motivo por el que fue importante redefinir unas nuevas reglas sociales para marcar la posición de hombres y mujeres.

Por último, la primera Revolución Industrial iniciada en Europa desde mediados del siglo XVIII y la construcción de los nuevos estados-nación de corte liberal y burgués, surgidos tras la Revolución Francesa, terminaron por dar el impulso necesario para la reconfiguración de las normas sociales.

## 2. Estado de la cuestión y metodología.

La Historia de las Mujeres en España se inició en los años setenta, por influencia de la corriente americana *the women's studies* con autoras como Giuliana di Febo o M<sup>a</sup> Aurelia Capmany y terminó de despegar con las Jornadas de Investigación Interdisciplinaria que convocó el Seminario de Estudios de la Mujer de la Universidad Autónoma de Madrid en 1981.

Los estudios sobre la historia de las mujeres han tenido una gran repercusión dentro de la disciplina histórica y actualmente encontramos un enorme abanico de obras que abordan esta reciente disciplina.

Aunque hay seminarios y asociaciones en cada universidad española, entre ellos destacan especialmente la Asociación Española de Investigación en Historia de las Mujeres (AEIHM), el Seminario de Estudios de la Mujer de la Universidad Autónoma de Madrid, el *Centre d'Investigació Històrica de la Dona* de Barcelona, el Instituto de Estudios de la Mujer de la Universidad de Granada, el Instituto de Investigaciones Feministas de la Universidad Complutense de Madrid, la Asociación de Estudios Históricos sobre la Mujer y el Seminario de Estudios Interdisciplinarios de la Mujer de la Universidad de Málaga, el *Institut Universitari d'Estudis de la Dona* de la Universidad de Valencia y el Seminario de Estudios sobre la Mujer de la Universidad de Zaragoza.

Aunque hasta la década de 1990 no encontramos las primeras revistas dedicadas exclusivamente a la historiografía de la mujer, con la aparición de *Duoda* en 1991, *Asparkia* en 1992 y *Arenal* en 1994, en la actualidad podemos decir que se han sumado otras como *Past Women*. Además existe un amplio abanico de colecciones como «Feminismos» de *Cátedra*, *Feminae* de la Universidad de Granada o revistas científicas que incorporan con asiduidad investigaciones referentes a estos temas, como las modernistas *Cuadernos de Historia Moderna* o *Studia Historica*.

En lo referente a la Historia de la mujer en la Edad Moderna española para Gloria Franco<sup>5</sup> se ha estudiado sobre todo el discurso de y para las mujeres a partir del lenguaje o los símbolos, la vida familiar y doméstica, la religiosidad, la cultura y el poder tanto como sujetos pasivos como activos y, por último, aspectos como la marginalidad y el trabajo.

---

<sup>5</sup> Véase FRANCO RUBIO, Gloria Ángeles, «La Historia de las Mujeres en la historiografía modernista española», en *Spagna e Italia in Età moderna: storiografie a confronto*, Cagliari, Viella Editrice, 2009, pp. 39-70.

Sin embargo, tenemos que esperar hasta la citada década de 1990 para la llegada de las investigaciones referentes al campo de la mujer en la Historia de la ciencia, por influencia nuevamente de las investigadoras americanas, como la matemática y biofísica Evelyn Fox Keller, que acuñó el término «género y ciencia».

Siguiendo los trabajos de Teresa Ortiz Gómez<sup>6</sup> encontramos fundamentalmente interpretaciones desde la historia, la sociología y la biología que analizan el carácter subjetivo y androcéntrico de las ciencias, así como su influencia en el mantenimiento del *status quo* a lo largo de los siglos.

Hasta la actualidad localizamos tres formas de abordar la Historia de la Ciencia desde el análisis de la Historia de la Mujer. La primera, en la que encuadramos el presente trabajo, estudia los discursos generales sobre las mujeres que se han dado y cómo éstos han afectado al conjunto femenino. El segundo, examina la sexualidad y la salud mental, estando más centrado en los siglos contemporáneos, con autores como Londa Schiebinger, Thomas Laqueur o Geneviève Fraisse. El tercero, el más aceptado a nivel social y académico, estudia el papel de mujeres científicas, con una larga lista de autoras como Montserrat Cabré Pairet o Paloma Alcalá Cortijo, entre muchas otras.

Lo que debemos tener indiscutiblemente claro es que los estudios de la Mujer y la Ciencia en la historia son relativamente nuevos, puesto que tienen veinte años de historia, y además podríamos decir que han encontrado resistencias tanto en los estudios superiores de Humanidades como de Ciencias Sociales y Naturales. Además, en ocasiones se elimina su análisis en las universidades porque, por un lado, no se tiende a abordar las ciencias en las carreras de humanidades, así como no se estudian las cuestiones sociales en carreras científicas.

Poco a poco se están realizando avances y dentro de la universidad española encontramos departamentos especializados en este tipo de investigaciones como los de la Universidad Autónoma de Madrid, la Universidad Complutense de Madrid, la Universidad de Barcelona o la Universidad de Valencia. A día de hoy las historiadoras españolas ocupan un lugar destacado en los estudios sobre la Historia de la Mujer pero todavía queda mucho camino por recorrer en los relativos a la Historia de la Ciencia en relación con las mujeres.

---

<sup>6</sup> Véase ORTIZ GÓMEZ, Teresa, «Feminismo, ciencias naturales biomédicas: debates, encuentros, desencuentros», en *Cambiando el conocimiento: universidad, sociedad y feminismo*, Oviedo: KRK, 1999, pp. 223-245.

En este campo encontramos sobre todo una preeminencia de la historiografía inglesa y muy pocas traducciones. En cambio, sí encontramos obras importantes dedicadas a la recopilación de mujeres científicas o a la sexualidad, unido al auge de los feminismos contemporáneos, aunque no ocurre lo mismo con los análisis sobre el discurso general de la ciencia a lo largo de la historia.

Existe un consenso general por parte de los profesionales a la hora de explicar que en los siglos finales de la Edad Moderna e inicios de la Contemporánea se pasó del discurso del cuerpo isomorfo –basado en la idea de que existía un solo sexo– a la noción de los dos cuerpos diferenciados y complementarios. Este discurso culminó su desarrollo en los siglos siguientes apoyado en las ideas iniciadas por los moralistas y filósofos ilustrados y liberales que han sido ya ampliamente estudiadas.

Ahora, no existe actualmente o no hemos encontrado ninguna obra que analice únicamente estos cambios iniciados con la Revolución Científica, sino que las investigaciones aparecen bien como capítulos de monografías o bien en artículos especializados. Podríamos decir que es un campo «prácticamente inexplorado en España»<sup>7</sup>. Es por dicho motivo por el que me interesé especialmente en este tema hasta el punto de querer hacer mi Trabajo de Fin de Grado sobre ello.

Para abordar esta tarea he tenido que beber de distintas corrientes historiográficas. Por un lado, la primera y más importante es la Historia de las Mujeres y del Género, que a su vez se plantea cuestiones ligadas a la Historia cultural y la Historia de las ideas y de las mentalidades, corrientes que se manifestaron con fuerza a partir de los años setenta del siglo pasado. Al mismo tiempo también me he apoyado, sobre todo para el análisis de la moral doméstica femenina, en la Historia de la vida privada y en los estudios sobre la vida cotidiana, y usaré junto a ellos los análisis proporcionados por la Historia de la anatomía y de la medicina para analizar las innovaciones que se produjeron en los siglos XVII y XVIII.

Además, nuestro análisis defiende la idea iniciada con «¿Tuvieron las mujeres Renacimiento?» de Joan Kelly en 1984 y seguida por autoras como María Victoria López-Cordón<sup>8</sup> o Cristina Segura Graño<sup>9</sup> en la que la división cronológica tradicional de la historia crea problemas en el análisis del pasado de las mujeres.

---

<sup>7</sup> BOLUFER PERUGA, Mónica, «Ciencia e ideología: notas sobre la contribución de la Medicina a la exaltación de la privacidad en el siglo XVIII», en LÓPEZ BELTRÁN, María Teresa (ed. lit), *Las mujeres en Andalucía: actas del 2º Encuentro Interdisciplinar de Estudios de la Mujer en Andalucía*, 1994, p. 187.

<sup>8</sup> Véase LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, María Victoria, «Los estudios históricos sobre las mujeres en la Edad Moderna: estado de la cuestión», en *Revista de historiografía (RevHisto)*, 22, 2015, pp. 147-181.



En nuestro caso, la construcción científica de la domesticidad femenina, que defiende la idea de que la mujer no es inferior sino una igual pero subordinada al hombre, se inicia a partir del siglo XVII pero no culmina hasta inicios del XIX, motivo por el que en estas líneas añadimos elementos de los primeros decenios del primer siglo contemporáneo para completar los argumentos del trabajo. Además, es importante señalar que el modelo de mujer que se busca a través de la idea de domesticidad estará ligado a las mujeres blancas, heterosexuales, europeas, burguesas o pertenecientes a la nobleza, a quienes se dedica la mayor parte de las obras científicas y morales.

Finalmente, he decidido dividir el trabajo en tres partes diferenciadas. La primera corresponderá a las ideas aportadas desde la Antigüedad sobre el sexo femenino hasta el siglo XVI. En ella, se abordará fundamentalmente la teoría hipocrático-galénica de los humores, la teoría aristotélica del cuerpo isomorfo y las aportaciones del Renacimiento, destacando las obras de Vesalio y Huarte de San Juan.

El segundo bloque nos acercará a los avances científicos de los siglos XVII y XVIII a través de la anatomía, la aparición de representaciones y descripciones impresas de esqueletos femeninos y el auge de la medicina de divulgación.

Todo ello acabará conformando el tercer punto, en el que se analizará cómo todas estas novedades fueron usadas y acompañadas desde el campo de la moral y la política para impulsar la noción de que la mujer no era inferior al hombre, sino complementaria. Su deber era permanecer en el ámbito privado y dedicarse a la crianza puesto que era su «naturaleza» tal y como demostraba la ciencia, un campo apreciado como objetivo y neutral.

---

<sup>9</sup> Véase SEGURA GRAÍÑO, Cristina, «Veinticinco años de historia de las mujeres en España», en *Memoria y civilización*, 2006, pp. 85-107.

### 3. La mujer desde la Antigüedad hasta el Renacimiento.

«Desde la perspectiva feminista, Aristóteles ha sido un impulsor del determinismo biológico que ha llegado hasta nuestros días bajo diversos ropajes teóricos. En términos generales se entiende por determinismo biológico aquella corriente de pensamiento que explica la subalternidad de las mujeres por causas biológicas»<sup>10</sup>.

La construcción teórico-científica a lo largo de la Historia llevó consigo la búsqueda de la distinción entre la mujer y el varón con la idea de poner a este último en una posición ventajosa. Podemos rastrear ya desde la Antigüedad los primeros intentos de explicar qué es ser hombre y cuál es su función, un marcado determinismo biológico que acompañará a las explicaciones del Medievo y la Modernidad e incluso que podemos encontrar, aunque con diferencias, en la actualidad.

La Revolución Científica, entre los siglos XVI y XVII, provocó una crisis del argumento de autoridad por el cual las teorías tradicionales de los autores grecorromanos y las argumentaciones cristianas basadas en la *Biblia* fueron puestas en duda como verdades absolutas e inamovibles. Como consecuencia se intentó dar nuevas explicaciones a la desigualdad femenina a nivel biológico y social en relación con los intentos de profesionalización del trabajo científico.

Sin embargo, lo que ocurrió fundamentalmente fue que se superó el argumento de la mujer como «hombre mutilado» como explicación de la diferencia femenina a la teoría de la complementariedad, que aunó sus fuerzas entre moralistas y científicos ilustrados —después liberales— como forma de seguir explicando la diferencia entre los sexos, pero esta vez con un tinte objetivo o neutral al ser vista la nueva ciencia como empírica y racional.

En este apartado voy a exponer las principales teorías y los nombres de los más importantes teólogo-científicos desde la Antigüedad hasta el siglo XVII, si bien no debemos olvidar que dichas ideas podemos rastrearlas hasta el siglo XIX puesto que no se produjo un cambio radical en las explicaciones sobre la diferencia de los sexos sino que, poco a poco, se fue imponiendo un modelo sobre otro.

---

<sup>10</sup> CENTENO OROZCO, Rebeca Dolores, «Relecturas de género a teorías clásicas sobre la ciencia, el poder y la política», en *Encuentro*, 97, 36-50, 2014, p. 39.

### 3.1. La teoría hipocrático-galénica de los humores y la teoría aristotélica del cuerpo isomorfo.

«Igual que de seres mutilados unas veces nacen individuos mutilados y otras no; de la misma forma, de una hembra unas veces nace una hembra y otras nace un macho. Y es que la hembra es como un macho mutilado»<sup>11</sup>.

Aristóteles, *Reproducción de los animales*, 349 a.C.

«Volved hacia fuera [los órganos genitales] de la mujer, doblad y replegad hacia adentro, por así decirlo, los del hombre, y los encontraréis semejantes en todos los aspectos»<sup>12</sup>.

Galeno de Pérgamo, c.130-200.

La construcción de la teoría de los humores de Hipócrates (460-370 a.C.), después con añadidos de Galeno en el siglo II, y la creación de la teoría aristotélica del cuerpo isomorfo se sitúan en torno al siglo IV a.C. Fue en dicho momento cuando hubo un intento más claro de elaborar teorías para subyugar a la mujer bajo el gobierno del varón, definiendo «una jerarquía y sistematización del *logos* universal»<sup>13</sup>. Este proceso tuvo indiscutiblemente relación con la búsqueda reproductiva consecuencia de las guerras y las epidemias del momento, así como con la construcción del nexo Estado-masculinidad. En palabras de Rebeca Centeno y

«[...] como consecuencia de esta perspectiva androcéntrica se han dado en el curso de la historia una y otra vez teorías que no incluyen a la mujer dentro de la especie humana. La determinación de la mujer como inferior al hombre en cuerpo, alma y espíritu constituye una constante en la historia de la antropología androcéntrica»<sup>14</sup>.

Por un lado, los tratados hipocráticos desarrollaron la teoría cuatrumoral. Entre su *corpus hippocraticum* debemos destacar el tratado *Sobre las enfermedades de las mujeres*, considerada la primera obra de ginecología, y *Aphorismos*, ambos escritos aproximadamente entre los siglos V-IV antes de Cristo. La teoría de Hipócrates defiende la correlación de los elementos de la naturaleza —el aire, el agua, la tierra y el fuego— y las cualidades —lo húmedo, lo seco, lo caliente y lo frío— con la idea de que

---

<sup>11</sup> Extraído de BENÍTEZ PRUDENCIO, José Javier, «El cuerpo de la mujer según Aristóteles y la tradición aristotélica: un esbozo», en *Daimon: Revista internacional de filosofía*, 5, suplemento 5, 2016, p. 366.

<sup>12</sup> Extraído de LAQUEUR, Thomas, *La Construcción del Sexo...*, op. cit., p. 55.

<sup>13</sup> MORENO RODRÍGUEZ, Rosa María, «La ideación científica del ser mujer. Uso metafórico en la doctrina galénica», en *Dynamis: Acta hispanica ad medicinae scientiarumque historiam illustrandam*, 15, 1995, p. 119.

<sup>14</sup> CENTENO OROZCO, Rebeca Dolores, «Relecturas de género...», op. cit., p. 41.

debía existir un equilibrio de ambos para el correcto funcionamiento del cuerpo. La mujer poseía por naturaleza un carácter frío y húmedo, mientras que el del hombre era seco y caliente.

A través de esta idea se planteó la existencia de cuatro humores: la flema, la sangre, la bilis amarilla y la bilis negra, mientras se planteaba que «el exceso de ciertos humores, es decir, el desequilibrio del temperamento, fue la causa de manifestaciones psicopatológicas»<sup>15</sup>. Así, en el momento de la gestación, un aporte intenso de calor o frío era lo que daba origen al nacimiento de una mujer o un hombre.

De igual modo esta teoría dio explicación a las anomalías sexuales. Como explica Moreno Mengíbar si a un feto le llegaba una ráfaga de aire frío o caliente «producía hombres afeminados, mujeres masculinas o personas hermafroditas»<sup>16</sup>. Además, siguiendo la tradición pagana-oral que relacionaba a cada sexo con caracteres determinados, se acabó añadiendo a la teoría de los humores las coordenadas, las estaciones, el sol y la luna conformando toda una simbología en torno a los sexos que permitió, a partir de entonces, una explicación que se podía apoyar en la ciencia.

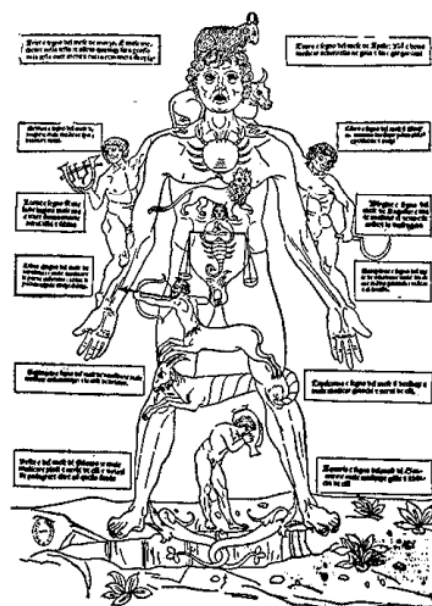
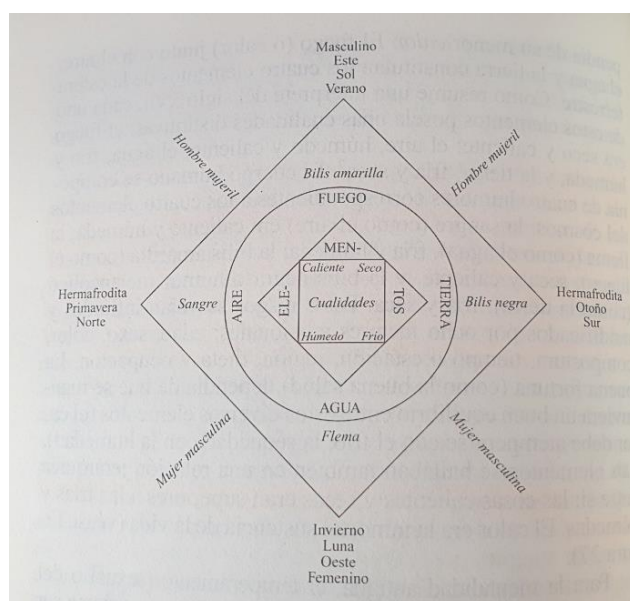


Figura 1. Diagrama de los cuatro humores. Figura 2. Hombre zodiacal italiano de finales del siglo XV. Las leyendas, que vinculan el signo del zodiaco a órganos y partes del cuerpo, ofrecen también prescripciones alimentarias, orientaciones para la sangría y otras informaciones relativas a la forma en que los cielos afectan al cuerpo.

<sup>15</sup> CENTENO OROZCO, Rebeca Dolores, «Relecturas de género...», op. cit., p. 21.

<sup>16</sup> MORENO MENGÍBAR, Andrés, «Tota mulier in utero. La construcción socio-sexual del cuerpo femenino en la España moderna», en *Anuario de investigaciones "Hespérides"*, vol. II, 1994, p. 451.

Siguiendo las anteriores ideas descritas de Hipócrates, la teoría de los humores fue complementada por Galeno (129-201/216 d.C.) que explicaba en su trabajo que el cerebro está situado en la cúspide del cuerpo humano. Dentro de él se encuentran dos almas irracionales que corresponderían «a nuestras nociones modernas de los elementos afectivos y pulsionales de la personalidad»<sup>17</sup>, siendo el primero masculino y el segundo femenino respectivamente. A su vez consideró que el cerebro poseía el alma irracional masculina y el hígado era el espacio donde se encontraba la femenina.

Galeno defendió en su obra que los testículos son la zona donde se encuentra el calor, transformándose en semen. Las mujeres, por su parte, no son capaces según sus teorías de almacenar grandes cantidades de calor y como consecuencia lo expulsarían a través de la sangre menstrual. El útero fue el equivalente a los testículos y su vaso espermático —el cuello del útero y la vagina— sería un eufemismo por pene. De este modo, las mujeres «carecían del calor suficiente para poder empujar hacia afuera sus órganos sexuales»<sup>18</sup> tal y como ocurría con los hombres.



Figura 3. Órganos reproductores femeninos. Vesalio ofreció esta versión visual de la concepción de Galeno en *De humani corporis fabrica*, 1543. Lámina 60.

Por otro lado, y junto a las referidas ideas, nos encontramos también con la existencia de la teoría del sexo único o cuerpo isomorfo desarrollada por Aristóteles (384-322 a.C.) y de la que también tomará influencias Galeno. En ella presentó la idea de que solo existe un cuerpo perfecto en tanto se ha desarrollado completamente, que

<sup>17</sup> PICHOT, Pierre, «Hipócrates, Aristóteles, Galeno y la psiquiatría antigua», en *Salud mental*, Vol. 2, 4, 1979, p. 26.

<sup>18</sup> SCHIEBINGER, Londa, *¿Tiene sexo la mente?...*, op. cit., p. 239.

sería el cuerpo masculino. El femenino, por su parte, no habría logrado evolucionar correctamente puesto que si lo hubiera hecho sería masculino.

De este modo, la teoría planteaba que la mujer posee un cuerpo mutilado o incompleto y sus órganos diferenciados, aquellos que no se corresponderían con los del varón, serían los equivalentes a los masculinos que sí habrían evolucionado. Además, la teoría aristotélica consideraba que eran la sangre menstrual y el semen la materia de la generación —lo que más tarde se llamará reproducción— puesto que en dicho momento no se había descubierto aún la existencia y funcionamiento de los ovarios en el cuerpo femenino. De este modo y siguiendo la explicación de Benítez Prudencio

«Si surge una mujer se trataría, pues, de un ser humano deficiente e imperfecto (*átelos*). Aristóteles establece que las hembras son machos atrofiados. Asimismo la mujer es como un macho estéril. Puesto que en la naturaleza siempre existe un elemento regente y otro necesariamente regido, en la misma se da la predominancia natural de lo más perfecto sobre lo imperfecto, es decir, del macho sobre la hembra (...) La hembra sólo es causa material en la reproducción mientras que el macho es la causa del movimiento»<sup>19</sup>.

Por último, en *La política* (compuesta entre el 330-323 a.C.) Aristóteles terminó de construir «el concepto de lo humano como un arquetipo viril a la vez racista y clasista, adulto y sexista, al que definió como natural y superior»<sup>20</sup>. De este modo, la mujer pasó a ser inferior en cuerpo, mente y alma.

Las teorías hipocrático-galénicas y aristotélicas situaron a las mujeres como organismos diseñados únicamente para la reproducción puesto que éste era su objetivo natural y las posicionaron como inferiores por su falta de calor y sequedad. La cantidad de calor «se convirtió en la marca de género»<sup>21</sup> de las explicaciones científicas y como consecuencia sociales. Como conclusión a este apartado y en palabras de Rosa Moreno, en la Antigüedad

«[...] el discurso científico, de la mano de la emergente jerarquización y sistematización del *lógos* y de las fórmulas sociales, expresó la privación de la capacidad intelectual de las mujeres y con ello, sustentó que quedasen sujetas al gobierno de los varones, como seres similares a los niños, incluso, en el esquema aristotélico, infértiles; al introducir el concepto de inferioridad, este discurso prefirió entender la génesis de mujeres como fruto del semen deteriorado de un varón displicente en sus obligaciones

---

<sup>19</sup> BENÍTEZ PRUDENCIO, José Javier, «El cuerpo de la mujer según Aristóteles...», op. cit., pp. 366-367.

<sup>20</sup> CENTENO OROZCO, Rebeca Dolores, «Relecturas de género...», op. cit., p. 41.

<sup>21</sup> MORENO RODRÍGUEZ, Rosa María, «La ideación científica del ser mujer...», op. cit., p. 126.

sociales, añadiendo al mundo de la diferencia de espacios la alienación de las funciones sociales»<sup>22</sup>.

A lo largo de la Edad Media las teorías de Hipócrates, Aristóteles y Galeno fueron la base de las nociones científicas en torno a la naturaleza de los cuerpos, por lo que no fueron puestas en duda. Conviene señalar que fue el filósofo y médico Avicena (980-1037) quien presentó el pensamiento aristotélico a Europa en la Edad Media. Sus obras fueron traducidas en el siglo XII, reforzando las teorías de Aristóteles. A ellas se añadió también la versión bíblica y las aportaciones de los distintos teólogos cristianos, que explicaban cómo la mujer había nacido de la costilla del hombre y habría sido la causante de la marcha de Adán y Eva del Paraíso por caer el pecado original.

Entre los autores cristianos a destacar es reseñable la figura de Pedro Damiano, que en el siglo XI equiparó la humedad femenina a la corrupción del mundo terrenal. Por este motivo «la mujer debía desecarse para lograr llegar a la vida celestial»<sup>23</sup> pues Damiano interpretó que en el Cielo todos los seres humanos resucitarían en cuerpos masculinos ya que era el símbolo de la perfección. Durante el medievo los debates tuvieron un carácter filosófico-literario y «el mundo material, incluido el cuerpo humano, les pareció insignificante y carente de interés»<sup>24</sup>.

### 3.2. Aportaciones del Renacimiento: Vesalio y Huarte de San Juan.

«Si hacemos anatomía de una doncella, hallaremos que tiene dentro de sí dos testículos, dos vasos seminarios, y el útero con la misma compostura que el miembro viril, sin faltarle ninguna delineación»<sup>25</sup>.

Juan Huarte de San Juan, *El examen de ingenios*, 1575.

Al inicio de la Edad Moderna, en relación con el desarrollo de una nueva individualidad consecuencia del Humanismo, encontramos pequeñas pero importantes innovaciones en torno al estudio de los cuerpos si bien no debemos olvidar en ningún momento que las aportaciones hipocráticas, aristotélicas y galénicas siguieron dando explicación a la inferioridad femenina.

---

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 119.

<sup>23</sup> BOLUFER PERUGA, Mónica, «Los médicos y el debate de los sexos en los siglos XVI-XVII», en *Estudios de historia moderna*, 2, 2008, p. 454.

<sup>24</sup> FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, José Luis, «La anatomía, de sus orígenes a la revolución anatómica en el Renacimiento. Juan Valverde de Amusco», en *Cuadernos del Marqués de San Adrián: revista de humanidades*, 10, 2018, sin numerar.

<sup>25</sup> HUARTE DE SAN JUAN, Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*, impreso por Juan Baptista Montoya, Baeza, edición de 1594, p. 261.

Fernández Rodríguez plantea que existen tres factores que explican la renovación anatómica del siglo XVI: la necesidad artística, el desarrollo de las universidades y las aportaciones de anatomistas como Vesalio<sup>26</sup>. El primero de dichos factores fue la necesidad artística de conocer la anatomía humana para poder reproducirla en las obras de los autores humanistas. La reproducción de los cuerpos femeninos por medio del dibujo también incluyó a los anatomistas puesto que, con el redescubrimiento del mundo grecorromano, las representaciones del cuerpo tuvieron grandes similitudes con las esculturas antiguas en su idea de hacer un cuerpo lo más perfecto y bello posible.

Fue en este momento cuando cobraron importancia los *teatros anatómicos*, salas que consistían en una gran mesa rodeada de gradas a modo circular sobre la cual se realizaban disecciones de cuerpos humanos y animales. A ellos no solo acudían estudiantes de medicina sino también artistas como Verrocchio, Miguel Ángel, Rafael o Durero. Destacaron, entre las universidades con teatros anatómicos de Europa, las de Salamanca, creada en 1552, Padua, en 1594, Leiden, en 1596 o Bolonia, en 1637.

El segundo factor de la renovación anatómica del siglo XVI atañe al desarrollo de universidades como la de Bolonia y Padua en relación con la mejora y los avances en el campo médico y anatómico. El tercero, por último, estaría vinculado a las aportaciones de varios anatomistas en lo relativo al estudio de los cuerpos, destacando fundamentalmente al belga Vesalio (1514-1564), que llegó a trabajar como médico en la corte de Carlos V y después para el rey Felipe II.

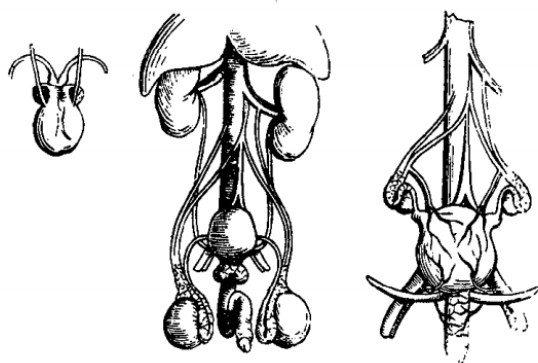
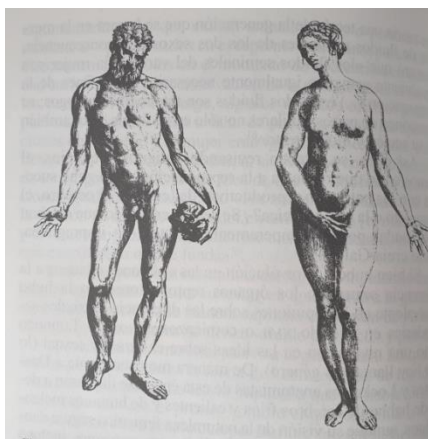


Figura 4. Desnudos masculino y femenino. Vesalio, *Epítome*, 1543. Figura 5. Órganos masculinos y femeninos. Vesalio, *Tabulae sex*, 1538.

<sup>26</sup> Véase: FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, José Luis, «La anatomía...», op. cit.



Aunque fueron importantes *Tabulae anatomicae sex* y *Epitome*, de 1538 y 1543 respectivamente, la obra más significativa de Vesalio fue *De humani corporis fabrica* (1543), que significó «el fin de la tradición galénica y el inicio de la anatomía renacentista»<sup>27</sup>. En palabras de José Luis Fernández Rodríguez,

«[...] la obra (de Vesalio) es clave en la ciencia por su gran contribución al avance del conocimiento anatómico del hombre y por ser uno de los primeros textos donde se concede más autoridad a la observación de la realidad que a lo escrito sobre ella por las autoridades»<sup>28</sup>.

Su obra fue ampliamente reproducida a lo largo de todo el Renacimiento y la Edad Moderna no solo por su renovación para el mundo de la anatomía y su uso en los medios académicos, sino porque también fue acompañada de una serie de imágenes que provocaron un gran impacto en un momento en el que lo visual estaba adquiriendo un nuevo matiz en el «proceso de comprensión de la realidad»<sup>29</sup>.

Las aportaciones de Vesalio llegaron a la Península a través de la obra *Historia de la composición del cuerpo humano* (1556) de Juan Valverde de Amusco, con un prólogo donde se rechazaban las teorías galénicas<sup>30</sup>.



Figura 6. Un cadáver «anatomizado» hace la disección de otro, representado como una versión en carne y hueso de una estatua clásica mutilada. El original corresponde a Valverde, *Anatomía del corpu umano*, 1556, pero fue reutilizado en una edición del *Epítome* de Vesalio realizada en Brujas en 1559.

<sup>27</sup> GÓMEZ LÓPEZ, Consuelo, «Arte y medicina en la Ilustración anatómica de la Edad Moderna», en *Cuadernos del Marqués de San Adrián: revista de humanidades*, 10, 2018, sin numerar.

<sup>28</sup> FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, José Luis, «La anatomía...», op. cit., sin numerar.

<sup>29</sup> *Ibíd.*, sin numerar.

<sup>30</sup> Véase: FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, José Luis, «La anatomía...», op. cit. sin numerar.

Fue también a lo largo del siglo XVI cuando el anatomista Gabrielle Falopio (1523-1562) realizó diferentes estudios del aparato genital femenino y descubrió el conducto muscular que lleva su nombre. Además, fue quien acuñó el término vagina. En relación al estudio de los genitales femeninos se ha discutido mucho sobre quién fue el autor que dio nombre al clítoris, siendo Colombo (1516-1559) —conocido anatomista y alumno de Vesalio que en su obra *De re anatómica* (1559) descubrió la circulación pulmonar de forma paralela a Miguel Servet<sup>31</sup>— y Falopio quienes se atribuyeron el mérito. Sin embargo, «en el siglo XVII el historiador Kasper Barth zanjó la polémica»<sup>32</sup> y defendió que en el siglo II a.C. ya se conocía su existencia, aunque fue a partir del siglo XVI cuando empezó a utilizarse la palabra para definir al órgano y a ser éste objeto de estudio.

Para los territorios de la monarquía hispánica, en materia anatómica y de diferenciación de los sexos, destacaron las aportaciones del médico humanista Huarte de San Juan (1529-1588), autor que bebió de las importantes aportaciones de Avicena. En *Examen de ingenios para las ciencias* (1575) siguiendo la teoría aviceniana y galénica estableció distintas tipologías morales, físicas e intelectuales que variaban dependiendo de las características de cada sexo.

Huarte de San Juan consideró que lo ideal era lo justo medio, caracterizado por la moderación y el equilibrio. Las características llevadas al extremo —es decir, la mujer muy fría y húmeda y el hombre muy caliente y seco— producían problemas en la reproducción y fealdad. Como bien nos dice Moreno Mengíbar, Huarte de San Juan

«[...] pretende reducir a principios orgánicos rasgos diferenciales social y culturalmente contruidos por el discurso legitimador de las nuevas necesidades de la sociedad estamental. Ingenio, carácter, timbre de voz, carnes, color de la piel, pilosidad y belleza están en relación indisoluble con la composición humoral de las mujeres»<sup>33</sup>.

Además, en el *Examen de ingenios* se daban una serie de consejos para el desarrollo de las aptitudes del hombre, así como para procrear hijos hábiles a ciertos saberes o prácticas a través de la correcta elección de esposa en base a su nivel físico, marcado por la alimentación y ejercicio; y su capacidad moral, en relación a sus

---

<sup>31</sup> Para más información véase DE MICHELI, Alfredo, «Miguel Servet y la circulación sanguínea pulmonar», en *Archivos de Cardiología de México*, vol. 73, 3, 2003. [Fecha de consulta: 21/06/21] [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1405-99402003000300001](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-99402003000300001)

<sup>32</sup> FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, José Luis, «La anatomía...», op. cit., sin numerar.

<sup>33</sup> MORENO MENGÍBAR, Andrés, «*Tota mulier in utero...*», op. cit., p. 446.

virtudes. Entre sus argumentos, Huarte de San Juan defendió que a pesar de que la mujer no podía llegar a tener la misma inteligencia y sabiduría que un hombre, su inferioridad no podía ser reprochada «por ser obra de la naturaleza y por tanto de la Providencia divina»<sup>34</sup>. En el caso contrario, es decir en el caso de existir una mujer más sabia que los hombres, este hecho se trataría de una excepcionalidad o una anomalía. A pesar de que *Examen de ingenios* fue prohibida por la Inquisición en 1581 tuvo una gran difusión en el pensamiento y literatura posterior<sup>35</sup> ya que sus ideas se encuentran recogidas en todo tipo de obras españolas y europeas.

Para autoras como Isabel Morant Huarte de San Juan y moralistas como Luis Vives (1592-1540) o Fray Luis de León (1527-1591) entrarían dentro de la llamada «misoginia atenuada» que consistiría en

«Una posición propia de buena parte del pensamiento humanista, que suaviza el lenguaje eclesiástico de la malignidad femenina a favor de una visión algo más amable del matrimonio y de la mujer, subrayando su carácter de compañera más débil, pero necesaria y aun agradable para el varón»<sup>36</sup>.

También fue desde el siglo XVI cuando empezaron a ser importantes los «avisos para la salud» o de «regimiento de sanidad» (*regimina sanitatis*), antesala de la llamada medicina de divulgación del siglo XVIII y que eran transmitidos por medio de los tratados de medicina doméstica y conservación de la infancia. Dedicados a un público más amplio, de preferencia noble o acomodada, en dichos tratados se daban una serie de consejos para la vida cotidiana con la idea de transmitir «una serie de presupuestos intelectuales, principios morales y códigos sociales»<sup>37</sup> para mantener el *status quo* femenino como inferior al masculino. Por este motivo estuvieron especialmente dirigidos a las mujeres, teniendo como soporte los conocimientos científicos.

---

<sup>34</sup> BOLUFER PERUGA, Mónica, «Los médicos y el debate de los sexos...», op. cit., p. 958.

<sup>35</sup> Véase: *Ibíd.*

<sup>36</sup> *Ibíd.*, p. 958.

<sup>37</sup> *Ibíd.*, p. 960.

#### 4. La construcción científica del segundo sexo.

Es bien sabido que la Revolución Científica del siglo XVII y la llegada de la Ilustración rompieron con las tradiciones greco-romanas que daban explicación a la ciencia y la filosofía, ¿pero esta ruptura también afectó a las mujeres? ¿Fueron sujeto u objeto de cambio? ¿Y cómo afectaron todas estas novedades en la Península?

En primer lugar, la renovación científica debe plantearse con un inicio en las ideas de Descartes (1596-1650) ya que el autor

«inaugura el imperio de la razón matemática provocando la quiebra entre la ciencia y la antigua filosofía, relegada ahora a mera especulación. Nacen el racionalismo y el empirismo, cuyo auge en la Ilustración supondrán el triunfo de la ruptura entre el conocimiento científico y la especulación metafísica, rasgos [...] germinales de la mentalidad europea actual»<sup>38</sup>.

Los cambios sociales y culturales iniciados en la segunda mitad del siglo XVII y el nuevo Siglo de las Luces propiciaron nuevas preguntas que se centraron también en la explicación de la diferencia de los sexos, campo al que anatomistas y médicos dedicaron gran parte de su estudio. Como consecuencia de ello, fue en estas centurias cuando se pasó de la definición del sexo único tradicional —basada en la concepción aristotélica de que la mujer era un hombre que no se había desarrollado completamente por su falta de calor— a la manifestación de los dos sexos como radicalmente diferenciados pero a la vez complementarios.

La nueva explicación de la naturaleza femenina, en la cual su sexo permeaba todo su ser, tenía como objetivo relegarla al papel reproductor cumpliendo una función social concreta dentro de los nuevos parámetros de lo público y lo privado. La inferioridad femenina se acompañó de una explicación anatómico-médica que se basaba en

«las peculiaridades (amplificadas) del esqueleto, en la delicadeza de los tejidos, en la sensibilidad del sistema nervioso y, sobre todo, en la disposición de los órganos

---

<sup>38</sup> ANTÓN SANCHO, Álvaro, «La nueva ciencia germen de la nueva Europa», en *La Razón histórica: revista hispanoamericana de historia de las ideas políticas y sociales*, 19, 2012, p. 73.

sexuales, los signos de la aptitud para la maternidad, convertida no solo en posibilidad sino en destino, y las huellas de una especificidad moral»<sup>39</sup>.

Este cambio fue seguido de «una vulgarización del saber médico»<sup>40</sup> a través de la medicina de divulgación o de obras literarias en las que estos nuevos conocimientos habían sido incluidos, haciendo que llegaran consigo a todas las capas de la población. Por último, fue en este momento cuando las ciencias se masculinizaron, desapareciendo poco a poco las representaciones iconográficas femeninas y los elementos simbólicos asociados con la mujer para buscar con ello «un lenguaje más neutro y menos poético»<sup>41</sup>.

En el caso de España la apertura a las novedades de la ciencia moderna europea surgió tras la publicación de la *Carta Philosophica Medico-Chimica* de Juan de Cabriada en 1687<sup>42</sup>, un auténtico manifiesto europeísta que fue usado por los novatores, un grupo de científicos innovadores que no abrazaron la ciencia oficial.

Fue a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII, durante el reinado de Carlos III (1759-1788), cuando estas novedades empezaron a llegar en gran número y calidad a la Península, sobre todo por parte de traducciones extranjeras y especialmente francesas, entre las que destacaron autores como Thomas, Boudier, Desmahis, Tissot, Buchan o Marmontel. La llegada de los Borbones fue el pistoletazo de salida para la creación de una ciencia al servicio del Estado y en palabras de Víctor Navarro y William Eamon

«el caso español es muy diferente, como lo era el papel que desempeñaba va entonces España, especialmente Castilla, como potencia hegemónica en los ámbitos económico, político y militar. En este contexto hay que situar la actividad científico-técnica española: una actividad más dentro de la administración y gestión de lo público y cuya finalidad última era el mantenimiento de la hegemonía y la estabilidad del imperio, una ciencia imperial cuyos protagonistas fueron esencialmente expertos en matemáticas [...] vinculados a los consejos reales, en particular a los de Indias, Guerra y Castilla»<sup>43</sup>.

---

<sup>39</sup> BOLUFER PERUGA, Mónica, «Ciencia, reforma social y construcción de identidades sexuales: la "naturaleza femenina" en los textos médicos del siglo XVIII», en *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo: Revista del Grupo de Estudios del siglo XVIII*, 4-5, 1997, p. 25.

<sup>40</sup> BOLUFER PERUGA, Mónica, «Ciencia, reforma social y construcción de identidades sexuales...», op. cit., p. 26.

<sup>41</sup> SCHIEBINGER, Londa, *¿Tiene sexo la mente?...*, op. cit., p. 217.

<sup>42</sup> Véase: VILLAS TINOCO, Siro Luis, «Ciencia y técnica en la España ilustrada», en *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, Vol. 89, 158-159, 2010, p. 192.

<sup>43</sup> NAVARRO BROTONS, Víctor; EAMON, William, *Más allá de la leyenda negra: España y la evolución científica*, Valencia, Universidad de Valencia, 2007, p. 428.

También la Medicina y la Cirugía tuvieron cierto peso en el nuevo panorama científico pero siempre en relación con la idea característica del despotismo ilustrado de mejorar la salud pública a través de un progreso en la calidad de vida del pueblo, que iría acompañado de un auge poblacional y de un incremento de la productividad estatal. Con la llegada de la nueva centuria y el desarrollo de los medios de comunicación se produjo una gran difusión de las ciencias por medio de la prensa, destacando las publicaciones de *Diario Noticioso, Curioso, Erudito y Comercial, Político y Económico* (1758-1781) —futuro *Diario de Madrid*—, *Correo general de la Europa* (1763) o *Correo literario de la Europa* (1781-1782 y 1786-1787), entre muchos otros<sup>44</sup>.

Los estudios sobre la diferencia de los sexos no tuvieron un papel preeminente en la España del siglo XVIII, sobre todo porque las ideas religiosas fueron una característica distintiva frente a los demás territorios europeos siguiendo la seña de identidad de la monarquía hispánica. Sin embargo, esta idea no quiere decir que en la Península fueran ajenos a las novedades que atañían al estudio de la mujer a nivel anatómico y médico, las cuales fueron paulatinamente aceptadas. Por ejemplo, Manuel de Porras en su *Anatomía Galénico-Moderna* (1716) incluyó opiniones sobre las novedades europeas en anatomía y si bien aceptó algunas de ellas —como las de De Graaf, que descubrió, por un lado, el folículo donde se encontraba el esperma y, por el otro, el mecanismo de eyaculación femenina— «incorporando al saber anatómico las conquistas realizadas sin rechazar totalmente el saber tradicional»<sup>45</sup>.

Sin embargo, los debates en el territorio español se centraron más en la disputa sobre las almas sexuadas y en el acceso de la mujer a instituciones ilustradas y a la educación, que en las diferencias entre los cuerpos masculino y femenino y su explicación científica, las cuales quedaron reservadas a un segundo plano. A pesar de ello, las corrientes europeas continuaron avanzando en este sentido y resultaron también destacados los cambios que se dieron en las explicaciones anatómicas, las novedades en la representación de los esqueletos y el papel que jugó la medicina de divulgación.

En este bloque vamos a analizar los cambios que se dieron en las explicaciones anatómicas, las novedades en la representación de los esqueletos y el papel que jugó la medicina de divulgación.

---

<sup>44</sup> CLÉMENT, Jean-Pierre, «La Ciencia en la prensa periódica hispanoamericana del siglo XVIII», en *El Argonauta español*, 14, 2017, sin numerar.

<sup>45</sup> GRANJEL, Luis Sánchez, *Anatomía española de la ilustración*, Cuadernos de Historia de la Medicina Española. Monografías. I. Salamanca, Universidad de Salamanca-Seminario de Historia de la Medicina, 1963, pp. 35-36.

## 4.1. Anatomía y esqueletos femeninos.

A principios del siglo XVII los anatomistas siguieron basándose en las teorías clásicas; por ejemplo, según Cowper<sup>46</sup> el calor era el motivo por el que los hombres tenían el cerebro más grande y como consecuencia eran más inteligentes. A su vez, la forma física de la mujer provenía no de los huesos sino de su grasa, precisamente por esta falta de temperatura corporal.

Tendremos que esperar hasta finales de la centuria para encontrar una nueva interpretación científica de la diferencia sexual en la que «el útero es no solo un lugar de la diferencia sino una causa de la diferencia»<sup>47</sup> no teniendo análogo con los órganos masculinos, tal y como defendieron los médico-filósofos Russel en *Sistema de la mujer* (1775) o Cabanis con *Relaciones de lo físico y lo moral en el hombre* (1802). Además, los ovarios pasaron a describirse de forma correcta y dejaron de ser testículos femeninos, aunque no será hasta el siglo XIX cuando se les dé importancia en cuestiones relativas a «las patologías de la conducta: histeria, deseo sexual excesivo, y males y dolores más prosaicos cuyos orígenes no eran fáciles de atribuir»<sup>48</sup>.

En la Península encontramos una mezcla de elementos novedosos y tradicionales en relación al estudio de las diferencias de los cuerpos. Como ejemplo, el médico Andrés Piquer en su obra *Institutione Medicae* (1762) planteaba que

«los testículos femeninos, que ahora se llaman “ovarios”, se extienden en los costados del útero, uno al derecho, otro al izquierdo[...]; como en los machos las hembras también los tienen muy grandes [...] Su sustancia no es tan blanda como la de los testículos masculinos, sino mas durilla [...] (y) contienen una materia análoga al semen»<sup>49</sup>.

El espermatozoide había sido descubierto ya en 1670 por el comerciante y precursor de la microbiología Leuwenhoek (1632-1723) —gracias al uso de los microscopios que el mismo fabricaba, siendo el primero en realizar observaciones y descubrimientos con esta herramienta— y fue a partir del siglo XVIII cuando «los testículos pasaron a ser masculinos (antes se llamaba testículos femeninos o masculinos). Los ovarios a su vez

---

<sup>46</sup> Véase: SCHIEBINGER, Londa, *¿Tiene sexo la mente?...*, op. cit.

<sup>47</sup> FRAISSE, Geneviève, *Musa de la razón...*, op. cit., p. 86.

<sup>48</sup> LAQUEUR, Thomas, *La Construcción del Sexo...*, op. cit., p. 300.

<sup>49</sup> Extraído de ORTIZ GÓMEZ, Teresa, «El papel del género en la construcción histórica del conocimiento científico sobre la mujer». *La salud de las mujeres hacia la igualdad de género en salud: I Congreso Nacional*. Murcia, 9 y 10 de mayo de 2002 / Elvira Ramos García, E. (coord.), 2002, p. 34.

pasaron a ser ovarios modernos, y no testículos o piedras femeninas. Por tanto, el lenguaje también cambió. Muy pronto esto se trasladó a las plantas y los animales»<sup>50</sup>.

Además, se consideró que las diferencias físicas daban explicación a las disimilitudes morales y sociales. El teólogo protestante Johann Ziegenbein (1766- 1824) insistía en que

«ya en las primeras etapas del embrión se encuentran diferencias sexuales: el hecho de que los niños echen mano de un palo y las niñas de una muñeca, o que los hombres gobiernen los asuntos del Estado mientras que las mujeres gobiernan las del hogar, no refleja nada más que lo que ya estaba en la semilla del embrión»<sup>51</sup>.

Todos estos cambios relativos a los órganos del cuerpo de la mujer fueron plasmados mediante el dibujo con el auge de la representación de esqueletos femeninos. Este tipo de dibujos aparecieron ya en el primer cuarto del siglo XVII de la mano del médico y botánico suizo Gaspard Bauhin (1560-1624); pero no fue hasta el año 1734 — con el anatomista Bernard Albinus (1697-1770) — cuando se estableció un modelo universal a seguir para los mismos.

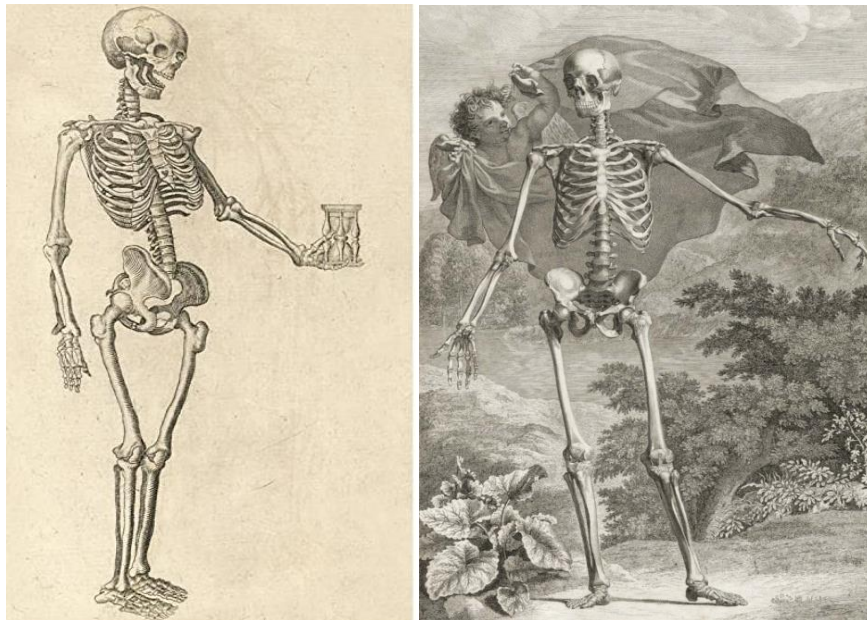


Figura 7. Esqueleto de los «huesos y cartílagos de una mujer». Gaspard Bauhin, *Theatrum anatomicum*, 1605. Lámina 4. Figura 8. El esqueleto humano definitivo del siglo XVIII. Bernard Albinus, *Tabulaesceleti et musculorumcorporishumani*, 1747.

<sup>50</sup> LAQUEUR, Thomas, *La Construcción del Sexo...*, op. cit., p. 293-294.

<sup>51</sup> SCHIEBINGER, Londa, *¿Tiene sexo la mente?...*, op. cit., p. 321.



Las novedades llegaban de este modo para unirse a las nociones previas de la materia, ya que en este punto es necesario señalar que no existía un desconocimiento del cuerpo femenino, pues desde finales de la Edad Media se habían hecho disecciones y «hasta al menos 1680 se conservaban esqueletos de mujer en las grandes colecciones de historia natural»<sup>52</sup> que pudieron servir de ejemplo a los dibujos anatómicos.

Por medio de los nuevos estudios y representaciones el esqueleto masculino pasó a ser calificado como neutro y universal y el femenino como el diferenciado. Esta idea la encontramos en médicos como James Drake (1667-1707) y su obra *Anthropologia Nova* (1707), «donde la mayor diferencia que se aprecia es en la pelvis, manteniendo en lo demás un cierto carácter universal»<sup>53</sup>. También aparece en el anatomista y cirujano Alexander Monro (1697-1767) que en *La anatomía de los huesos humanos* (1726) tuvo como «propósito de llenar el vacío bibliográfico durante el siglo XVIII en materia de anatomía»<sup>54</sup> y realizó «una de las primeras descripciones de los huesos femeninos siendo calificados como anormales e incompletos»<sup>55</sup> en comparación al modelo masculino. En la traducción de su obra al francés de 1759, Alexander Monro explicó que

«las causas de las diferencias entre los esqueletos de hombres y los de mujeres, se pueden reducir a estas tres cabezas. Primero, una constitución más débil y suelta. En segundo lugar, una vida sedentaria y desocupada, que contribuye a aumentar la debilidad de esta constitución. En tercer lugar, una forma particular en ciertos huesos, sin la cual una mujer no podría ser madre»<sup>56</sup>.

A partir del trabajo del cirujano William Cheseldem (1688-1752), en estas mismas décadas del siglo, se le empezó a dar «un carácter artístico al esqueleto femenino a lo Venus de Médicis»<sup>57</sup>. El esqueleto de la mujer fue caracterizado por tener

---

<sup>52</sup> *Ibidem*, pp. 268-269.

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 281.

<sup>54</sup> MARTÍNEZ OJEDA, Beatriz, «Mme d'Arconville y su traducción al francés de la obra de Alexander Monro "The Anatomy of the Humane Bones"», en *Panace@: Revista de Medicina, Lenguaje y Traducción*, Vol. 14, 38, 2013, p. 285.

<sup>55</sup> SCHIEBINGER, Londa, *¿Tiene sexo la mente?...*, op. cit., pp. 281-283.

<sup>56</sup> Traducción personal. No existen traducciones al castellano. Extraída de la única traducción al francés realizada por Mme Thiroux d'Arconville en 1759 recogida en MARTÍNEZ OJEDA, Beatriz, «Mme d'Arconville y su traducción al francés...», op. cit., pp. 280-286. Traducción original: «Les causes des différences entre les Squelettes des hommes & ceux des femmes, peuvent se réduire à ces trois chefs. Premièrement, une constitution plus foible & plus lâche. Secondement, une vie sédentaire & inoccupée, qui contribue à augmenter la foiblesse de cette constitution. Troisièmement, une forme particulière dans certains os, sans laquelle une femme ne seroit point en état de devenir mère».

<sup>57</sup> SCHIEBINGER, Londa, *¿Tiene sexo la mente?...*, op. cit., p. 283.

unas costillas estrechas y unas caderas y un cráneo más anchos. Un modelo exitoso que fue seguido por la anatomista Marie Thiroux d'Arconville (1720-1805) —bajo el pseudónimo Jean J. Sue en su publicación de 1759— que «insistió en que el pecho de la mujer es más estrecho, la espina dorsal mas curvada y la pelvis mayor que en el hombre»<sup>58</sup>. Entre estas obras también destacó el médico Samuel Thomas von Soemerring (1755-1830) que en palabras del médico e historiador de la medicina Ludwig Choulant (1791-1861) buscó «a la mujer más bella que se ha imaginado, con todas las minucias, detalladamente observadas, del carácter sexual de toda la estructura ósea de la mujer»<sup>59</sup>.

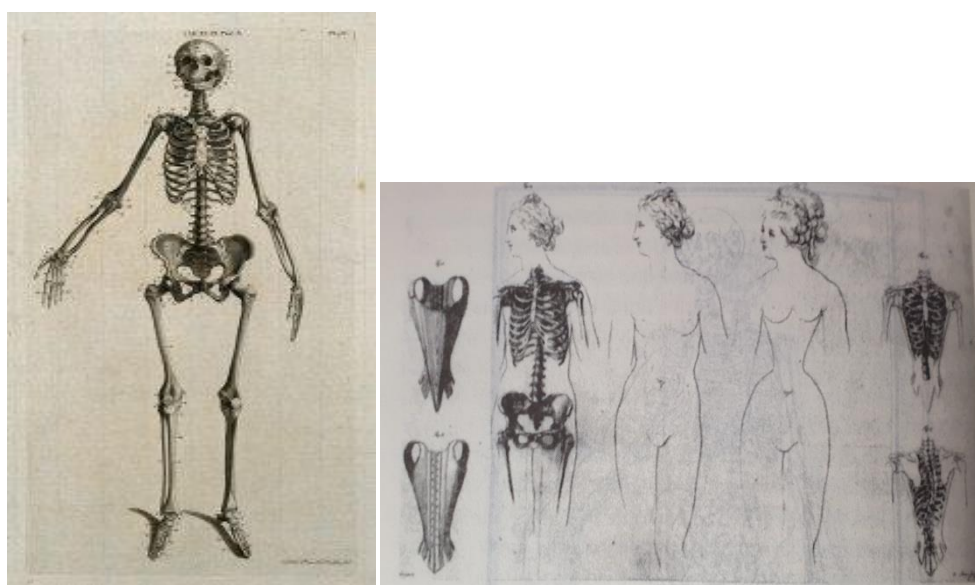


Figura 9. Esqueleto femenino de Thiroux d'Arconville, estudiado por su desviación respecto al masculino. Jean J. Sue, *Traité d'ostéologie*, 1759. Lámina 4. Figura 10. Estudio de los efectos del corsé. El esqueleto de la izquierda muestra unos huesos sanos; los de la derecha, los huesos de la mujer deformados por el uso del corsé durante toda la vida. S.T. von Soemerring, *Über die Wirkungen der Schürbrüste*, 1785.

Fue a la vez en los siglos XVII y XVIII cuando cobraron importancia las representaciones en cera de la figura femenina, sobre todo en territorios como Alemania, Francia e Italia. Las «Venus anatómicas» o «Venus grávidas» caracterizadas por reunir «las cualidades de belleza y femineidad»<sup>60</sup> nacieron a finales del siglo XVII y adquirieron gran popularidad para alcanzar su cenit en el XIX. De ellas se llegaron a

<sup>58</sup> *Ibíd.*, p. 286.

<sup>59</sup> CHOULANT, Ludwig, *History and Bibliography of Anatomic Illustration*, edición de 1852 traducida por Mortimer Frank, Nueva York, 1945, pp. 306-307. Citado en: *Ibíd.*, p. 298.

<sup>60</sup> SÁNCHEZ ORTIZ, Alicia; DEL MORAL AZANZA, Nerea; BALLESTRIERO, Roberta, «Anatomía femenina en cera: ciencia, arte y espectáculo en el siglo XVIII», en *Laboratorio de Arte: Revista del Departamento de Historia del Arte*, Vol. 2, 25, 2013, p. 603.

realizar colecciones fijas como el *Madame Caplin's* en Londres o *La Specola* de Florencia.

En la España del siglo XVIII destacaron las ceras anatómicas elaboradas por orden de Carlos III para el Real Colegio de Cirugía de San Carlos de Madrid entre las que sobresalió «La Venus de pie», de autor anónimo, y «La Parturienta o Embarazada a término» de Juan Cháez (1750-1809) y Luigi Franceschi (1730-1805), artistas pertenecientes a la escuela italiana<sup>61</sup>.



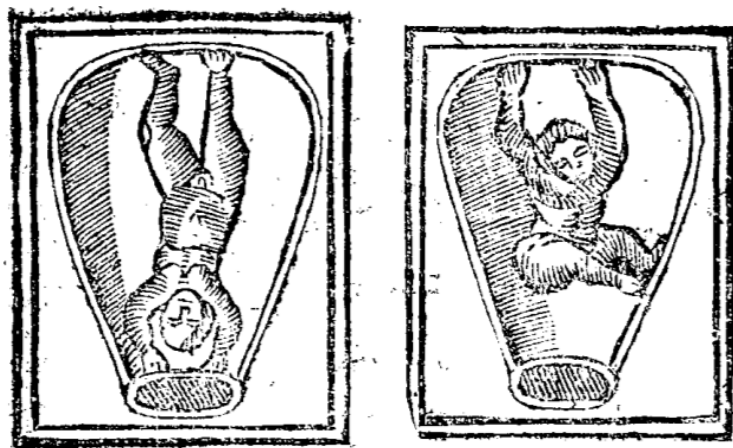
Figura 11. Anónimo, *Venus de pie*. Escultura en cera. Siglo XVIII. Museo de Anatomía «Javier Puerta» de la Facultad de Medicina. Universidad Complutense de Madrid. Figura 12. Juan Cháez y Luigi Franceschi, *La Parturienta o Embarazada a término*. Escultura en cera. Siglo XVIII. Museo de Anatomía «Javier Puerta» de la Facultad de Medicina. Universidad Complutense de Madrid.

Además, fueron muchos los estudiosos enviados al extranjero —sobre todo a Inglaterra y Francia— para adaptar y aprender las innovaciones en relación al estudio de los cuerpos, como el anatomista y cirujano Antonio Gimbernat (1734-1816) o el médico Mariano Rivas (1797-1855). Al mismo tiempo, también fueron recuperadas obras como la renacentista *Historia de la composición del cuerpo humano* (1556) del médico y anatomista Juan Valverde de Hamusco (1525-1587) que sirvieron como base para las posteriores representaciones en cera<sup>62</sup>.

<sup>61</sup> Ambas obras se conservan actualmente en el Museo de Anatomía Javier Puerta, perteneciente a la Universidad Complutense de Madrid.

<sup>62</sup> SÁNCHEZ ORTIZ, Alicia; DEL MORAL AZANZA, Nerea; BALLESTRIERO, Roberta, «Anatomía femenina en cera... op. cit., p. 615.

Este auge de la representación del cuerpo femenino tuvo un fin didáctico y en concreto se centró en el llamado «arte de partear»<sup>63</sup> que buscaba instruir a médicos y cirujanos para atender los partos. Los nuevos profesionales de la ciencia médica quisieron hacer suyo también el momento del nacimiento, que tradicionalmente se había vinculado a la acción y sabiduría femenina. Entre los siglos XVI y XVIII poco a poco se fue calificando a las parteras o comadronas como no aptas para este oficio, logrando los varones el monopolio de la disciplina ginecológica y la atención en el momento del parto. Entre este tipo de obras, ligadas al aprendizaje relativo a la atención de los nacimientos, destacó la publicada en 1683 y titulada *Libro del parto humano* del médico e higienista Francisco Núñez de Oria<sup>64</sup>.



Figuras 13 y 14. Proceso de extracción de un niño durante el parto.

Como culmen, en el artículo «El esqueleto» (1765) de la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert se concluyó que las diferencias en el cráneo, la columna vertebral, las clavículas, el esternón, el coxis y la pelvis probaban que «el destino de la mujer es tener hijos y alimentarlos»<sup>65</sup>. Para el territorio español como tratado anatómico destacó en el siglo XVIII la obra conjunta *Curso completo de Anatomía* (1796-1800) de Jaime Bonells (1751-s.XIX) —médico conocido por ser uno de los impulsores de las sociedades científicas— e Ignacio Lacaba (1745-1814) —médico y cirujano de Cámara de Carlos IV— donde se mostraba un amplio conocimiento de las aportaciones europeas a los estudios de anatomía.

<sup>63</sup> Ibídem, p. 604.

<sup>64</sup> Véase: MALO BARRANCO, Laura, «De la maternidad al duelo», en *Nobleza en femenino. Mujeres poder y cultura en la España Moderna*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 2019, pp. 405-436.

<sup>65</sup> SCHIEBINGER, Londa, *¿Tiene sexo la mente?...*, op. cit., p. 320.

Tal y como nos dice Londa Schiebinger a pesar de que los anatomistas tenían buenas intenciones, siguieron reproduciendo los ideales sociales de lo que sería una mujer y un hombre perfectos y con ello, «reforzaron la creencia de que la madre potencial era la mujer más femenina»<sup>66</sup>. De este modo cobró aun más fuerza, esta vez desde una base científica moderna, que era el hombre por naturaleza quien poseía la inteligencia y la fuerza mientras que la mujer era sinónimo de maternidad.

A lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII las contribuciones extranjeras fueron recogidas por los estudiosos españoles, pero la Península no fue cuna de innovaciones anatómicas en lo referente a los sexos, motivo por el que probablemente la historiografía no le haya dedicado mucho espacio de investigación. La distinción entre los cuerpos se podrá observar fundamentalmente en los tratados de medicina de divulgación que, a través de consejos y en forma de guía, mostraron a

«la madre ideal como una mujer atenta a la voz del instinto, pero también obediente a las recomendaciones de quienes dicen interpretar su mensaje [...] No basta con dejarse llevar por el instinto, hay que adquirir una formación muy concreta que anticipa la codificación e institucionalización de estas enseñanzas en los siglos siguientes»<sup>67</sup>.

## 4.2. Medicina de divulgación.

La medicina de divulgación desarrollada por medio de tratados de medicina doméstica y de la conservación de la infancia tuvo gran importancia en el siglo XVIII. Tanto a nivel de calidad como de cantidad destacó no solo en toda Europa sino también en la Península. Este tipo de obras médicas supusieron una forma de plasmar a nivel práctico las diferencias existentes entre los dos sexos que quedaron patentes en las obras anatómicas de los siglos XVII y XVIII a través de consejos o advertencias para la vida cotidiana. Como el objetivo de esta construcción de la diferencia entre el hombre y la mujer fue llegar a unas capas más amplias de la población — y sobre todo influir a mujeres nobles y de la alta burguesía ilustrada— su transmisión se llevó a cabo por medio de tratados pedagógicos y de la prensa.

En relación a los tratados pedagógicos las obras que ejercieron una mayor influencia en España fueron *Aviso al pueblo sobre su salud* (1716) del médico Samuel

---

<sup>66</sup> *Ibidem*, p. 293.

<sup>67</sup> PERUGA, Mónica, «Ciencia, reforma social y construcción de identidades sexuales...», *op. cit.*, p. 38.

Tissot (1728-1797), autor del cual «emerge la consideración de la debilidad de las fibras femeninas como adaptación funcional a las necesidades de la maternidad»<sup>68</sup>, y *Medicina doméstica* (1785) del médico William Buchan (1729-1805), títulos que llegaron a tener hasta siete reediciones en la Península. Según las palabras de Mónica Bolufer, Tissot y Buchan

«pueden representar, en el campo de la Medicina, el debate sobre el carácter e implicaciones de la diferencia sexual que atraviesa el siglo XVIII y que apoya la presión para modificar los comportamientos femeninos bien en la conveniencia social, bien en una elaborada construcción de la naturaleza femenina»<sup>69</sup>.

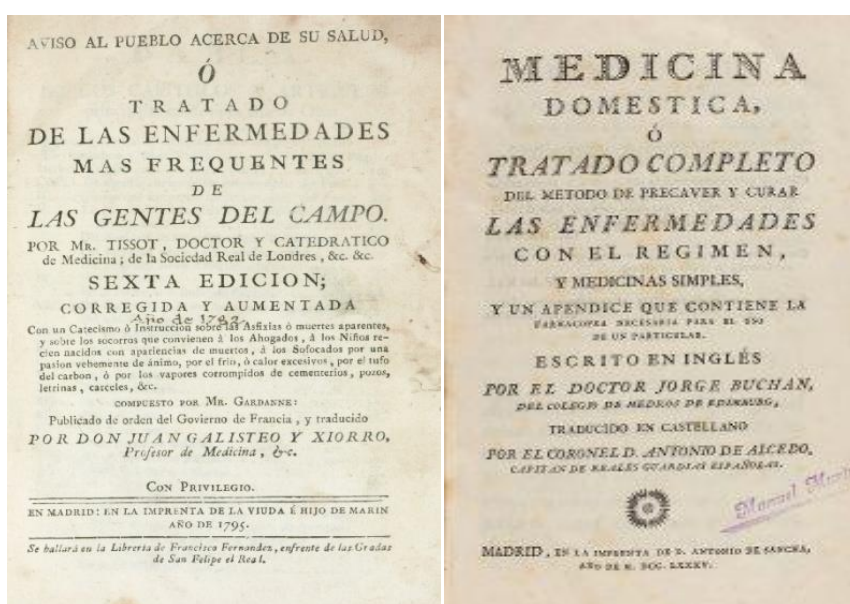


Figura 15. Portada de Tissot, *Aviso al pueblo sobre su salud*, edición de 1795. Figura 16. Portada de Buchan, *Medicina doméstica*, edición de 1785.

En lo que respecta a los tratados de «conservación de la infancia» la autora resalta las obras *Disertación sobre las utilidades que se siguen de criar las propias madres a sus hijos* de Landais —traducido en 1784 por el cirujano Pedro Vidart—; *El conservador de la salud de las madres y de los niños* de Buchan —versión anónima de 1808— *Arte de conservar la salud* (1800) de Pressavin y *Crianza física de los niños* (1765) de Ballexerd. Todas ellas publicaciones en las que se daban una serie de pautas para la correcta crianza en la primera infancia.

Como obras españolas es importante destacar el título *Perjuicios que acarrear al género humano y al Estado las madres que rehúsan criar a sus hijos, y medios para*

<sup>68</sup> *Ibídem*, p. 27.

<sup>69</sup> *Ibídem*, p. 32.

*contener el abuse de ponerlos en Ama* (1786) del médico Jaime Bonells que buscaba conseguir concienciar a las madres de que dieran su propia leche y no usaran amas de cría. En esta obra resulta concisa la idea de que

«[...] mientras las madres desempeñaron esta primera obligación de su estado, fueron todas acreedoras al amor y acatamiento de los hijos; mientras que inhumanas les defraudaron su leche, porque les negaron los beneficios de la madre, perdieron también los derechos de la maternidad»<sup>70</sup>.

También destacaron *El conservador de los niños* (1797) del cirujano Agustín Ginestá, dando una serie de consejos ante la excesiva mortalidad infantil, o el *Método artificial de criar a los niños recién nacidos, y de darles una buena educación física* (1795) de José Iberti, que daba una serie de consejos para la crianza educativa y física. Para el campo de la educación física, conviene mencionar *Historia de la vida del hombre* (1789-1799) del jesuita Hervás y Panduro y *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres* (1790) de Josefa Amar y Borbón. Por último debemos destacar las actas de las sociedades médicas, como la Real Sociedad de Medicina, y periódicos receptivos a esta medicina de divulgación como *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa*, *Memorial literario*, *Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los Párrocos* y *Correo literario de Murcia* que también se adentraron en la materia.

Siguiendo a Mónica Bolufer, la medicina de divulgación o «higiénica» buscaba que las mujeres acataran ciertos modelos desde su infancia —permanecer en casa, ser obediente al marido, católica y una educación física ligera— para tener una buena salud y poder reproducirse exitosamente dentro de esta concepción ilustrada de «detener la temida (y falsa) despoblación y bastardeo de la especie, asegurando el potencial productivo y bélico del Estado»<sup>71</sup>. Como consecuencia, las ilustradas debían abandonar los espacios públicos para dedicarse íntegramente a su fin natural donde encontrarían la mayor felicidad en su ser: la procreación y crianza. Las obras higiénicas siguieron

---

<sup>70</sup> BONELLS, Jaime, *Perjuicios que acarrear al género humano y al Estado las madres que rehúsan criar a sus hijos, y medios para contener el abuse de ponerlos en Ama*, editado por Escribano, Miguel, Madrid, 1786, p.16.

<sup>71</sup> BOLUFER PERUGA, Mónica, «Ciencia, reforma social y construcción de identidades sexuales...», op. cit., p. 29.

teniendo una importancia vital durante el siglo XIX y fue «con la Ley Moyano de 1857 cuando se fijó el modelo liberal y doméstico de educación femenina»<sup>72</sup>.

Además, no debemos olvidar que durante los siglos XVII y XVIII hubo una progresiva oficialización de las ciencias. Los médicos y cirujanos estuvieron interesados especialmente en diferenciarse frente a las nodrizas y las comadronas, usando este tipo de medicina vulgarizada como forma de transmitir sus enseñanzas frente a la «usurpación» femenina y «esgrimiendo frente a la irracionalidad de tales prácticas y creencias la bondad y cientificidad de su propio saber»<sup>73</sup>.

«La tranquilidad doméstica, la dedicación absorbente a la maternidad, el ejercicio físico encauzado en la dirección moral y socialmente conveniente (actividades de supervisión doméstica, paseos campestres), la regulación del horario y el alimento (frente a la vida nocturna o la caprichosa gastronomía impuesta por los ritos de sociabilidad), la simplicidad del vestido y la educación doméstica (contra la reclusión conventual) son las conductas propuestas por los médicos, con frecuencia de consuno con los moralistas ilustrados, para recuperar en la vida social la "verdadera naturaleza"»<sup>74</sup>.

Tanto médicos como moralistas participaron conjunta y activamente en los cambios que se estaban gestando en relación con la diferencia de los sexos y ocultaron la inferioridad femenina bajo un halo de complementariedad y amabilidad, haciendo que tuviera una mayor aceptación. Sin embargo, los peligros de la desobediencia de su propia naturaleza en última instancia afectaban tanto a las mujeres como a sus hijos, sus familias y al propio Estado. Para evitar dichos peligros comenzaron a proponerse cambios ligados al cuerpo femenino y sus funciones naturales como, por ejemplo, aquellos ligados a la lactancia.

Durante el siglo XVIII en España, se recuperó la idea de considerar que la leche podía transmitir las cualidades de la persona que amamantaba y por este motivo se decidió que lo más adecuado era la lactancia materna, que permitía transmitir las características familiares al nuevo descendiente. Además, y como forma de incentivar dicha práctica, se planteó cómo el hecho de no aprovechar la leche producida tras el

---

<sup>72</sup> BOLUFER PERUGA, Mónica, «"Ciencia de la salud" y "Ciencia de las costumbres". Higienismo y educación en el siglo XVIII», en *Areas: revista internacional de ciencias sociales*, 20, 2000, p. 32.

<sup>73</sup> *Ibíd.*, pp. 29-30.

<sup>74</sup> *Ibíd.*, p. 31.



embarazo podía desembocar en enfermedades como cáncer, úlceras o incluso la propia locura<sup>75</sup>.

Autores como el anteriormente mencionado Bonells defendieron que «la afinidad entre el organismo de la madre y el del hijo se prolonga después del parto, pues se piensa que la leche no es sino la sangre que antes fluía al útero para nutrir al feto»<sup>76</sup>. Por este motivo de compatibilidad era mucho mejor la leche materna que la de las amas de cría. Además, eran las madres y no las nodrizas quienes debían encargarse de la primera infancia del niño porque el contacto con mujeres de bajas clases sociales podía llegar a afectar en la educación moral inicial de los pequeños. De igual modo la ignorancia e interés económico de la nodriza podría llevar a prácticas nocivas como el uso del fajado<sup>77</sup>, que fue dejando de usarse a partir del siglo XVIII, o negligencias en la vigilancia del infante<sup>78</sup>.

Por último, fue en el siglo XVIII cuando cobró fuerza la idea del amor maternal —aunque vino desarrollándose ya desde el siglo XVI— «como sentimiento enraizado en las profundidades del instinto»<sup>79</sup> y que provocaría que las mujeres naturalmente volvieran a sus hogares para cuidar a sus hijos. De este modo, podemos decir que la vulgarización de la medicina hizo que se consolidara con mayor rapidez la idea de que

«[...] la dedicación abnegada de la esposa a sus obligaciones maternas acrecentará el amor del marido y su sentido de responsabilidad conyugal y paterna, convirtiendo el hogar en un espacio agradable, nido de cálidos sentimientos, lugar del que no es necesario salir para hallar esparcimiento. Al contrario, la rebeldía o negligencia de la mujer en cumplir esos menesteres destruirá el orden y la armonía familiar y, por extensión, social»<sup>80</sup>.

El siguiente paso para la construcción de la inferioridad femenina, de mano de moralistas y teólogos, fue el de mostrar a las mujeres como complementarias, pero siempre inferiores al hombre, culminando estas ideas en el siglo XIX bajo la concepción de la mujer como «ángel del hogar».

---

<sup>75</sup> Véase: Ibídem, p. 32.

<sup>76</sup> BOLUFER PERUGA, Mónica, «Ciencia e ideología...», op. cit., p. 175.

<sup>77</sup> Ibídem, pp. 177-178.

<sup>78</sup> Véase MALO BARRANCO, Laura, «Amas de cría, amas de leche», en *Nobleza en femenino...* op. cit., pp. 88-115.

<sup>79</sup> BOLUFER PERUGA, Mónica, «Ciencia, reforma social y construcción de identidades sexuales...», op. cit., p. 35.

<sup>80</sup> BOLUFER PERUGA, Mónica, «Ciencia e ideología...», op. cit., pp. 186-187.

## 5. La aplicación moral de las innovaciones científicas: la nueva concepción doméstica de la mujer.

«Sean ellas hermosas, sensibles, tímidas y delicadas; éstas son las armas que la naturaleza les concedió; nosotros, endurecidos en las fatigas, vencedores de las fieras y los elementos, cedamos sólo a unos ojos y a una boca que sonrío suavemente, a cuya violencia deliciosa no hay corazón que no se rinda. Tal es su destino, tal es el nuestro»<sup>81</sup>.

Leandro Fernández de Moratín, *Apuntaciones sueltas del viaje a Inglaterra*, 1792-1793.

A la construcción científica de la diferencia de los sexos se unió en paralelo la noción de complementariedad de los mismos en un plano teológico-moral, teoría que acabó conformándose como una sola. Como dijimos en el bloque anterior los filósofos y moralistas del mundo moderno trabajaron conjunta y activamente con los anatomistas y médicos para dar un nuevo argumento de autoridad a la inferioridad femenina, es decir, que se pasó de la idea grecolatina y cristiana sobre la menor capacidad de la mujer a las teorías basadas en la ciencia moderna.

Autores como Hobbes, Locke y Kant, claves en el pensamiento moderno europeo «ya excluyeron a las mujeres en base a los argumentos científicos»<sup>82</sup> pero fue Rousseau en su *Discurso sobre el origen y fundamento de la desigualdad entre los hombres* (1755) y en *Emilio, o De la educación* (1762) quien sentó las bases de la complementariedad sexual. El gran atractivo de esta nueva idea de complementariedad «residía en su retórica garantía de igualdad para las mujeres»<sup>83</sup>.

La teoría de la complementariedad puede definirse como la noción de que ambos sexos son necesarios y codependientes para el mantenimiento del *status quo*, teniendo unas actividades y rango de actuación concretos en la sociedad que se presentarían de forma natural e instintivamente en cada persona. La mujer tendría el papel del control del ámbito del hogar y la reproducción y, como contraste, el hombre estaría situado en la esfera pública, política y laboral. Podemos decir que esta división de tareas y espacios

«[...] encajaba nítidamente en las tendencias dominantes del pensamiento democrático liberal, haciendo que las desigualdades pareciesen naturales y al mismo tiempo satisfaciendo las necesidades de la sociedad europea de una permanente división

---

<sup>81</sup> Extraído de BOLUFER PERUGA, Mónica, «Mujeres e ilustración: una perspectiva europea», en *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, 6, 2007, p. 181.

<sup>82</sup> COBO BEDIA, Rosa, «La democracia moderna y la exclusión de las mujeres», en *Mientras tanto*, 62, 1995, p. 100.

<sup>83</sup> SCHIEBINGER, Londa, *¿Tiene sexo la mente?...*, op. cit., p. 323.

sexual del trabajo, mediante la asignación a las mujeres de un lugar único en la sociedad [...] Se perfiló la mujer privada y afectuosa como contraste al hombre público y nacional»<sup>84</sup>.

Para la investigadora Rosa Cobo Rousseau planteó la construcción de una democracia donde existía «no solo un contrato social sino también sexual»<sup>85</sup> al que las mujeres accedieron a cambio de protección y medio de subsistencia haciendo que el patriarcado «se extendiera al ámbito privado»<sup>86</sup>. De este modo, las mujeres pasaron a ser una mera propiedad de los hombres. La novedad en su obra fue que anteponiéndose a autores como Weininger o Freud el ilustrado francés opone la sexualidad masculina a la femenina, que estaría condicionada completamente a su sexo tanto física como emocionalmente «hasta el punto de que la maternidad y sus roles conyugales y familiares determinan su función social»<sup>87</sup>. En *Questio medica...* (1775) del «*médecin-philosophe*»<sup>88</sup> Henri François de Roussel (1748-1812) se dice que

«la esencia del sexo no se limita a un solo órgano sino que se extiende con matices más o menos sensibles a todas partes; de manera que la mujer no es mujer en un solo lugar sino en todas las facetas en que se la pueda considerar»<sup>89</sup>.

Todo ello quedaba plasmado en la teoría por la que si tanto mujeres como hombres seguían su instinto natural se lograría una estabilidad social. Por este motivo Rousseau propuso una educación femenina basada en la sumisión y la devoción maternal. Aunque no se les negaba la educación a las mujeres, la formación aconsejada por Rousseau para las jóvenes debía basarse en cualquier noción que mejorara su rol como madre y esposa.

Además, debemos tener en cuenta que Rousseau pertenecía a la fe protestante y esta rama del cristianismo defendía que cada uno podía leer e interpretar libremente la *Biblia*. Sin embargo, consideró que las mujeres «no tenían la capacidad de raciocinio

---

<sup>84</sup> Ibídem, p. 311.

<sup>85</sup> COBO BEDIA, Rosa, «Sociedad, democracia y patriarcado en Jean Jacques Rousseau», en *Papers, Revista de sociología*, 50, 1996, p. 273.

<sup>86</sup> COBO BEDIA, Rosa, «Las paradojas de la igualdad en Jean-Jacques Rousseau», en *Avances del Cesor*, Año IX, 9, 2012, pp. 109-121. Citado en: Ibídem, p. 150.

<sup>87</sup> VILLAVERDE RICO, María José, «Visiones de la mujer en la historia: de Platón a Weininger», en *Arenal*, Vol. 7, 1, 2000, p. 151.

<sup>88</sup> BOLUFER PERUGA, Mónica, «Ciencia, reforma social y construcción de identidades sexuales...», op. cit., p. 26.

<sup>89</sup> Extraído de: Fraisse, Geneviève, *Musa de la razón...* op. cit., pp. 91-92.

suficiente para entender y reinterpretar las Sagradas Escrituras»<sup>90</sup> y debía ser una autoridad masculina quien lo hiciera por ellas. Por todo ello, para Rousseau y para los llamados defensores de la ideología de la domesticidad «el derecho natural que los varones poseen sobre las mujeres se transforma en derecho civil patriarcal»<sup>91</sup>.

Aunque la obra de Rousseau fue prohibida en España a partir de 1764 el autor fue ampliamente leído en la Península y algunos de los fragmentos de sus obras llegaron incluso a aparecer en los periódicos. Además, la noción de la complementariedad de los sexos tuvo «un tono más amable»<sup>92</sup> de cara a la opinión general al no mostrarse como una imposición sino como una forma de seguir la esencia o naturaleza de cada sexo.

Mónica Bolufer destaca<sup>93</sup> entre las obras extranjeras mas reproducidas en relación a esta idea de los sexos complementarios el artículo prohibido «Mujeres. Moral» del enciclopedista Desmahis (1723-1761), del que aparecieron fragmentos en «Reflexiones imparciales de las mujeres» (1797), artículo del periódico madrileño *Miscelánea instructiva*, y la obra *El amigo de las mujeres* (1758) del francés Boudier de Villemert (1716-1801), traducida por el periodista aragonés Francisco Nifo en 1763 y censurada también a partir de ese mismo año.

Sin embargo, para muchos pensadores «la teoría de la complementariedad sexual suponía una solución ideológica a problemas heredados»<sup>94</sup> y fue por este motivo por el que se produjo un amplio debate sobre la aceptación de todas estas nuevas nociones científicas y sociales en torno a la posición de la mujer, proceso que ha sido estudiado por autoras como Mónica Bolufer, Isabel Morant o Gloria Franco<sup>95</sup>. En concreto a lo largo del siglo XVIII encontramos un acalorado debate iniciado por el benedictino Benito Jerónimo Feijoo en su *Teatro crítico universal* (1726-1740) y que podríamos finalizar con la figura de doña Josefa Amar y Borbón y la negativa a su entrada a la Sociedad Económica Matritense en 1787<sup>96</sup>, momento en el que se creó la Junta de Damas como espacio dedicado a la reunión de las mujeres y dependiente de dicha institución.

---

<sup>90</sup> Ibídem, p. 156.

<sup>91</sup> COBO BEDIA, Rosa, «Sociedad, democracia y patriarcado...», op. cit., p. 179.

<sup>92</sup> BOLUFER PERUGA, Mónica, *Mujeres e ilustración...*, op. cit., p. 75.

<sup>93</sup> Véase: Ibídem, p. 75.

<sup>94</sup> SCHIEBINGER, Londa, *¿Tiene sexo la mente?...*, op. cit., p. 312.

<sup>95</sup> Todas ellas están especializadas en la Historia de las Mujeres: Mónica Bolufer en los aspectos socioculturales del siglo XVIII, Isabel Morant en Historia Cultural e Historia de la Vida Cotidiana de la Edad Moderna y Gloria Franco en la educación femenina del Siglo de las Luces.

<sup>96</sup> Doña Josefa Amar y Borbón consiguió entrar como socia de número en la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País en 1782. Fue después, cuando intentó entrar a la Sociedad Económica Matritense, cuando surgió el debate del acceso generalizado de las mujeres a las sociedades económicas.

Dicho debate fue iniciado por el beneditino fray Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764) en su *Discurso en defensa de las mujeres* (1726) perteneciente a su obra *Teatro crítico universal*, un trabajo compuesto por nueve volúmenes publicados entre 1726 y 1740 que fueron ampliamente reeditados y traducidos a otros idiomas en la época. Feijoo rechazó las nociones greco-romanas de la mujer como hombre no desarrollado completamente por su falta de calor —causa por ello de su inferioridad— y ofreció una alternativa a la teoría tradicional cristiana «resaltando que Adán fue modelado con barro mientras que Eva lo fue con materia humana»<sup>97</sup> y diciendo que el alma era igual tanto para hombres como para mujeres porque no tenía sexo. En su *Discurso*, Feijoo alegó que

«[...]la prudencia de los hombres se equilibra con la sencillez de las mujeres. Y aun estaba para decir más; porque en realidad al Género humano mucho mejor le estaría la sencillez que la prudencia de todos sus individuos. Al Siglo de Oro nadie lo compuso de hombres prudentes, sino de hombres cándidos»<sup>98</sup>.

Además, conectando con las ideas de feministas racionalistas como Marie de Gournay (1565-1645) o Poulain de la Barre (1647-1725) «cuestionó la objetividad de las ciencias»<sup>99</sup> al defender que el debate de los sexos no era imparcial porque «afectaba a los intereses de la población»<sup>100</sup>. El beneditino fue apoyado por el médico Martín Martínez (1684-1734) en su *Carta defensiva* (1727) y por fray Martín Sarmiento (1695-1772) en *Demostración crítico-apologética* (1732) gracias a quienes, entre otros, se estableció como «norma que las mujeres eran iguales en dignidad y capacidad, lo que suponía un hito»<sup>101</sup>.

Feijoo consideró que la desigualdad femenina provenía sobre todo de la educación y no de la naturaleza, teoría que siguió años después Josefa Amar y Borbón (1749-1833) en su *Discurso en defensa del talento de las mugeres, y de su aptitud para el gobierno, y otros cargos en que se emplean los hombres* (1786), escrito como contestación a los debates sobre el acceso femenino a la Sociedad Económica

---

<sup>97</sup> FRANCO RUBIO, Gloria Ángeles, «La querella de las mujeres en la prensa ilustrada: Carta a las señoras. Nueva defensa de su sexo» en FRANCO RUBIO, Gloria; PÉREZ SAMPER, María Ángeles (coord.), *Herederas de Clío. Mujeres que han impulsado la Historia*, Sevilla, Mergablum, 2014, p. 186.

<sup>98</sup> FEIJOO, Benito Jerónimo, *Teatro crítico universal*, edición de Madrid, 1778 (por D. Joaquín Ibarra, a costa de la Real Compañía de Impresores y Libreros), tomo primero, p. 325, en *Proyecto Filosofía en español* [Fecha de consulta: 12/06/21] <https://www.filosofia.org/bjf/bjft116.htm>

<sup>99</sup> BOLUFER PERUGA, Mónica, *Mujeres e ilustración...*, op. cit., p. 46.

<sup>100</sup> *Ibídem*, p. 42.

<sup>101</sup> *Ibídem*, p. 59.

Matritense de Amigos del País. Siendo la única mujer que participó públicamente y contando con el apoyo de ilustrados como Ignacio López de Ayala (1739-1789) y Gaspar de Jovellanos (1774-1811), Amar y Borbón defendió que «era la educación quien creaba en buena medida las identidades sexuadas»<sup>102</sup>. Además, la aragonesa justificó que si las mujeres eran iguales no se las podía excluir de las instituciones ilustradas.

Sin embargo, sus palabras contaron con la oposición de ilustrados como el financiero Francisco Cabarrús (1752-1810) que, en su «Discurso de entrada de las mujeres en la matritense: Apelación a la naturaleza que ubica a la mujer en el entorno doméstico» publicado en *Memorial Literario* en 1786, las consideró incapaces a causa de su «naturaleza frívola e inestable»<sup>103</sup>. En sus propias palabras

«[...]a estas mujeres no se les ha ocurrido tratar con otras mujeres sus guerras, luchas y proyectos. No dieron ninguna nueva autoridad a su propio sexo y lo siguieron teniendo reducido a su mundo, que es el doméstico. Si las mujeres importantes no habían cambiado la situación de las otras mujeres, ¿por qué habían de hacerlo los hombres? Era pasarse de listos para dar en rematadamente tontos»<sup>104</sup>.

Amar y Borbón asimismo destacó por su obra *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres* (1790) en la que se rebatió punto por punto la noción de que las mujeres no tenían la capacidad intelectual suficiente como para poder ampliar su educación y consideró que «los hombres serían quienes, en su afán por dominar a las mujeres, prefieren mantenerlas en la ignorancia antes que elevarlas por el conocimiento»<sup>105</sup>.

Finalmente se decidió resolver el debate del acceso femenino a la Sociedad Económica Matritense con la creación de la Junta de Damas en 1787, separada y subordinada a la Sociedad Económica Matritense y ligada al protagonismo femenino. Esta asociación fue rápidamente extendida al resto de la Península entre finales del siglo XVIII e inicios del siglo XIX, dedicada sobre todo a tareas educativas, filantrópicas y de beneficencia.

---

<sup>102</sup> Ibídem, p. 100.

<sup>103</sup> CALDERÓN ESPAÑA, María Consolación, «Presencia de la mujer en las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País (1775-1808)», en *Foro de Educación*, 12, 2010, p. 192.

<sup>104</sup> Extraído de: «Proyectos de promoción de la mujer (al amparo de la Económica Matritense)», en *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. [Fecha de consulta: 12/06/21] [http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-mujer-y-las-letras-en-la-espana-del-siglo-xviii--0/html/01ee5680-82b2-11df-acc7-002185ce6064\\_74.html](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-mujer-y-las-letras-en-la-espana-del-siglo-xviii--0/html/01ee5680-82b2-11df-acc7-002185ce6064_74.html)

<sup>105</sup> BOLUFER PERUGA, Mónica, *Mujeres e ilustración...*, op. cit., p. 72.

Así pues, entre el siglo XVIII e inicios del siglo XIX encontramos la aceptación por parte de las instituciones ilustradas europeas y españolas de la teoría de la complementariedad de los sexos, haciendo que las mujeres quedaran relegadas a un papel reproductor y familiar. El concepto de la excepcionalidad femenina —idea de que una mujer podía acceder a un cargo público como algo inusual e impropio de su sexo— siguió manteniéndose como norma.

La teoría de la complementariedad tuvo un amplio éxito porque «desarrolló nuevas bases para viejos argumentos»<sup>106</sup> pasando de la concepción tradicional greco-latina y bíblica a la explicación apoyada en la ciencia y teórico-filosófica en la que, con un aire universal y objetivo, se siguió manteniendo a las mujeres como seres inferiores al hombre, pasando a ser su sexo todo su ser. La unión de los nuevos descubrimientos científicos y la noción de la complementariedad provocó que

«el sexo femenino, como órgano de la reproducción, bastase para definir a la mujer: puesto que la reproducción es femenina, la mujer era la reproducción. No se disocia ni el cuerpo del órgano, ni la sexualidad de la reproducción. Y, sin duda, ya bastaba con conceder a la mujer esta función reproductora para calificarla y atribuirle una identidad»<sup>107</sup>.

---

<sup>106</sup> SCHIEBINGER, Londa, *¿Tiene sexo la mente?...*, op. cit., p. 317.

<sup>107</sup> FRAISSE, Geneviève, *Musa de la razón...*, op. cit., p. 93.

## 6. Conclusiones.

Tradicionalmente la historiografía ha explicado los siglos XVII y XVIII como el culmen de la lógica, la razón y la tolerancia. Sin embargo, las Luces no iluminaron a todos por igual, ya que «la quiebra del Antiguo Régimen y de sus criterios de legitimación de la autoridad condujeron a una reconceptualización de la mujer»<sup>108</sup> por parte de los médicos, los anatomistas y los teórico-moralistas ilustrados y liberales. En palabras de Londa Schiebinger

«la revolución en las opiniones científicas sobre la sexualidad tuvo lugar a finales del siglo XVIII. Algunos anatomistas, que ya no se sentían satisfechos con la teoría de los humores, incómodamente anticuada, dieron expresión a una nueva visión de los orígenes y el carácter de las diferencias sexuales, la relación de sexo y género y la presencia de la sexualidad en el cuerpo»<sup>109</sup>.

En un momento de cambio político, social y cultural se buscó ensalzar la figura del varón por medio de la nueva ciencia moderna mostrando el modelo masculino como el modelo perfecto. Además, la ciencia pasó a ser eminentemente masculina lo que «propició la decadencia del icono femenino»<sup>110</sup> junto con una serie de valores, cualidades y características asociadas con la feminidad que fueron vistas de forma negativa. Asimismo, se vio en peligro la función reproductora de las mujeres por su mayor formación y capacidad y por ser un momento en el que el número de súbditos de un Estado era símbolo de progreso y productividad, lo cual produjo que «las obligaciones maternas pasaran a ser cuestión de estado»<sup>111</sup>.

La explicación de los dos sexos buscó dar una nueva legitimidad al discurso que mostraba a las mujeres como inferiores al hombre pasando de la explicación de autoridad basada en los autores grecorromanos y en la tradición cristiana a la medicina moderna, que durante los siglos XVII y XVIII se profesionalizó y alcanzó una nueva consideración como disciplina universal y neutra. Así, «la falsa medida de la mujer constituyó un arsenal teórico empleado para justificar un *statu quo* que las condenaba a la desigualdad en diferentes esferas»<sup>112</sup>.

---

<sup>108</sup> FRAISSE, Geneviève, *Musa de la razón...*, op. cit., p. 7.

<sup>109</sup> SCHIEBINGER, Londa, *¿Tiene sexo la mente?...*, op. cit., p. 275.

<sup>110</sup> *Ibidem*, p. 215.

<sup>111</sup> *Ibidem*, p. 315.

<sup>112</sup> GARCÍA DAUDER, Dau; PÉREZ SEDEÑO, Eulalia, *Las 'mentiras' científicas sobre las mujeres*, Madrid, Los Libros De La Catarata, 2017, p. 12.



La mujer siguió siendo considerada, esta vez desde una visión científica a manos de la nueva medicina, como inferior al hombre física y mentalmente. Además, frente a la Antigüedad y la Edad Media «las opiniones sobre la sexualidad no se limitaron a los órganos reproductores; el sexo impregnaría en lo sucesivo la totalidad del cuerpo humano»<sup>113</sup>. No obstante, la construcción de los sexos fue un proceso de larga duración tanto para quienes buscaron una forma de subordinar a las mujeres como para aquellos que defendieron su igualdad. Un proceso en el que el Estado absoluto ilustrado —y después liberal— se acabó decantando, al igual que en los siglos anteriores, por la primera de ambas opciones.

Esta transformación culminó con la división de los espacios sociales. La mujer quedó relegada al ámbito privado, lo que provocó su práctica desaparición del espacio público. De esta forma, se realizó una asimilación del hombre con la nación, proceso que se consolidó en el siglo XIX, junto con las ideas clásicas de que en él se encontraban la fuerza y la inteligencia. Al mismo tiempo se produjo una simbiosis entre la mujer y el hogar, pues ella debía dedicarse únicamente a la reproducción y al mantenimiento de la familia, arquetipo que culminó en el siglo decimonónico con la citada noción de la mujer como «ángel del hogar».

«La constitución del cuerpo (y mente) masculino, de aparente superioridad, se cita cada vez con más frecuencia en los documentos políticos como justificación del dominio social de los hombres. Se pensó que el descubrimiento de diferencias anatómicas y fisiológicas entre el hombre y la mujer hacían cierto y universal el privilegio masculino»<sup>114</sup>.

La nueva explicación complementaria de los sexos fue bien recibida porque fue más amable en su mensaje, ya que los científicos y moralistas no lo explicaron como una imposición sino como un fin inevitable porque estaría en la propia naturaleza de las mujeres quererse dedicar al hogar y a la reproducción, si bien la idea de inferioridad seguía siendo la misma. En cambio esta explicación no significó que no hubiese resistencias o disputas en contra, como hemos podido ver en los acalorados debates llevados a cabo en España en el siglo XVIII. Además, todas estas teorías coincidieron a finales del Siglo de las Luces con el nacimiento del feminismo clásico que se reflejó en autoras muy conscientes de las desigualdades que vivían las mujeres, como Mary Wollstonecraft (1759-1797) y Olympe de Gouges (1748-1793).

---

<sup>113</sup> SCHIEBINGER, Londa, *¿Tiene sexo la mente?...*, op. cit., p. 277.

<sup>114</sup> *Ibíd.*, p. 310.

Es por todos estos motivos por los que como historiadores debemos alejarnos de la visión idealizada de los siglos ilustrados y de la noción de objetividad de las ciencias modernas. Los estudios en torno la nueva explicación científica de la desigualdad femenina apenas han sido abordados en España y encontramos sobre todo traducciones extranjeras, aunque sí lo han sido en lo referente a la cuestión teológica-moral de la complementariedad de los sexos gracias a autoras como Mónica Bolufer. Es importante por tanto realizar nuevas investigaciones sobre dicha temática que no solo abarquen a Europa sino que se centren también en los espacios de la monarquía hispánica y la aceptación que hubo de estas teorías en el territorio hispánico.

Cabe esperar que en los próximos años pueda ser un campo interesante para nuevos historiadores, abriendo nuevas vías de interpretación y estudio, pero todavía nos queda mucho camino por recorrer.

## 7. Índice de figuras.

**Figura 1. Diagrama de los cuatro humores.** Extraída de SCHIEBINGER, Londa, *¿Tiene sexo la mente? Las mujeres en los orígenes de la ciencia moderna*, Madrid, Cátedra, 2004, p. 238.

**Figura 2. Hombre zodiacal italiano de finales del siglo XV. Las leyendas, que vinculan el signo del zodiaco a órganos y partes del cuerpo, ofrecen también prescripciones alimentarias, orientaciones para la sangría y otras informaciones relativas a la forma en que los cielos afectan al cuerpo.** Extraída de LAQUEUR, Thomas, *La Construcción del Sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, Madrid, Cátedra, 1994, p. 207.

**Figura 3. Órganos reproductores femeninos. Vesalio ofreció esta versión visual de la concepción de Galeno en *De humani corporis fabrica*, 1543. Lámina 60.** Extraída de SCHIEBINGER, Londa, *¿Tiene sexo la mente? Las mujeres en los orígenes de la ciencia moderna*, Madrid, Cátedra, 2004, p. 240.

**Figura 4. Desnudos masculino y femenino. Vesalio, *Epítome*, 1543.** Extraída de SCHIEBINGER, Londa, *¿Tiene sexo la mente? Las mujeres en los orígenes de la ciencia moderna*, Madrid, Cátedra, 2004, p. 266.

**Figura 5. Órganos masculinos y femeninos. Vesalio, *Tabulae sex*, 1538.** Extraída de LAQUEUR, Thomas, *La Construcción del Sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, Madrid, Cátedra, 1994, p. 151.

**Figura 6. Un cadáver «anatomizado» hace la disección de otro, representado como una versión en carne y hueso de una estatua clásica mutilada. El original corresponde a Valverde, *Anatomía del corpu umano*, 1556, pero fue reutilizado en una edición del *Epítome* de Vesalio realizada en Brujas en 1559.** Extraída de LAQUEUR, Thomas, *La Construcción del Sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, Madrid, Cátedra, 1994, p. 146.

**Figura 7. Esqueleto de los «huesos y cartílagos de una mujer». Gaspard Bauhin, *Theatrum anatomicum*, 1605. Lámina 4.** Extraída de SCHIEBINGER, Londa, *¿Tiene sexo la mente? Las mujeres en los orígenes de la ciencia moderna*, Madrid, Cátedra, 2004, p. 281.

**Figura 8. El esqueleto humano definitivo del siglo XVIII. Bernard Albinus, *Tabulaesceleti et musculorumcorporishumani*, 1747.** Extraída de SCHIEBINGER, Londa, *¿Tiene sexo la mente? Las mujeres en los orígenes de la ciencia moderna*, Madrid, Cátedra, 2004, p. 279.

**Figura 9. Esqueleto femenino de Thiroux d'Arconville, estudiado por su desviación respecto al masculino. Jean J. Sue, *Traité d'ostéologie*, 1759. Lámina 4.** Extraída de SCHIEBINGER, Londa, *¿Tiene sexo la mente? Las mujeres en los orígenes de la ciencia moderna*, Madrid, Cátedra, 2004, p. 284.

**Figura 10. Estudio de los efectos del corsé. El esqueleto de la izquierda muestra unos huesos sanos; los de la derecha, los huesos de la mujer deformados por el uso del corsé durante toda la vida. S.T. von Soemerring, *Über die Wirkungen der Schürbrüste*, 1785.** Extraída de SCHIEBINGER, Londa, *¿Tiene sexo la mente? Las mujeres en los orígenes de la ciencia moderna*, Madrid, Cátedra, 2004, p. 286.

**Figura 11. Anónimo, *Venus de pie*. Escultura en cera. Siglo XVIII. Museo de Anatomía «Javier Puerta» de la Facultad de Medicina. Universidad Complutense de Madrid.** Extraída de SÁNCHEZ ORTIZ, Alicia; DEL MORAL AZANZA, Nerea; BALLESTRIERO, Roberta, «Anatomía femenina en cera: ciencia, arte y espectáculo en el siglo XVIII», en *Laboratorio de Arte: Revista del Departamento de Historia del Arte*, Vol. 2, 25, 2013, p. 619.

**Figura 12. Juan Cháez y Luigi Franceschi, *La Parturienta o Embarazada a término*. Escultura en cera. Siglo XVIII. Museo de Anatomía «Javier Puerta» de la Facultad de Medicina. Universidad Complutense de Madrid.** Extraída de SÁNCHEZ ORTIZ, Alicia; DEL MORAL AZANZA, Nerea; BALLESTRIERO, Roberta, «Anatomía femenina en cera: ciencia, arte y espectáculo en el siglo XVIII», en *Laboratorio de Arte: Revista del Departamento de Historia del Arte*, Vol. 2, 25, 2013, p. 620.

**Figura 13. Proceso de extracción de un niño durante el parto.** Extraída de NÚÑEZ DE ORIA, Francisco, *Libro del parto humano*, impreso por Jayme Bordazar, Valencia, 1705, p. 193.

**Figura 14. Proceso de extracción de un niño durante el parto.** Extraída de NÚÑEZ DE ORIA, Francisco, *Libro del parto humano*, impreso por Jayme Bordazar, Valencia, 1705, p. 193.

**Figura 15. Portada de Tissot, *Aviso al pueblo sobre su salud*, edición de 1795.** Extraída de TISSOT, Samuel, *Aviso al pueblo acerca de su salud*, impreso por Pedro Marín, Madrid, 1790.

**Figura 16. Portada de Buchan, *Medicina doméstica*, edición de 1785.** Extraída de BUCHAN, Jorge, *Medicina doméstica*, impreso por Ramón Ruiz, Madrid, 1798.

## 8. Bibliografía.

ANTÓN SANCHO, Álvaro, «La nueva ciencia germen de la nueva Europa», en *La Razón histórica: revista hispanoamericana de historia de las ideas políticas y sociales*, 19, 2012, pp. 72-87.

ARQUIOLA, Elvira; MONTIEL, Luis, *La corona de las ciencias naturales. La medicina en el tránsito del siglo XVIII al XIX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1993.

BENÉITEZ PRUDENCIO, José Javier, «El cuerpo de la mujer según Aristóteles y la tradición aristotélica: un esbozo», en *Daimon: Revista internacional de filosofía*, 5, suplemento 5, 2016, pp. 359-369.

BOLUFER PERUGA, Mónica, «"Ciencia de la salud" y "Ciencia de las costumbres". Higienismo y educación en el siglo XVIII», en *Areas: revista internacional de ciencias sociales*, 20, 2000, pp. 25-50.

BOLUFER PERUGA, Mónica, «Ciencia e ideología: notas sobre la contribución de la Medicina a la exaltación de la privacidad en el siglo XVIII», en LÓPEZ BELTRÁN, María Teresa (ed. lit), *Las mujeres en Andalucía: actas del 2º Encuentro Interdisciplinar de Estudios de la Mujer en Andalucía*, 1994, p. 171-187.

BOLUFER PERUGA, Mónica, «Ciencia, reforma social y construcción de identidades sexuales: la "naturaleza femenina" en los textos médicos del siglo XVIII», en *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo: Revista del Grupo de Estudios del siglo XVIII*, 4-5, 1997, pp. 21-39.

BOLUFER PERUGA, Mónica, «Discursos sobre las mujeres en la cultura de la Ilustración: conexiones europeas y peculiaridades hispánicas», en *El mundo hispánico en el Siglo de las Luces*, 1, 1996, pp. 493-516.

BOLUFER PERUGA, Mónica, «Los médicos y el debate de los sexos en los siglos XVI-XVII», en *Estudios de historia moderna*, 2, 2008, pp. 953-970.

BOLUFER PERUGA, Mónica, *Mujeres e ilustración: la construcción de la feminidad en la Ilustración española*, Valencia, Institució Alfons el Magànim, 1998.

BOLUFER PERUGA, Mónica, «Mujeres e ilustración: una perspectiva europea», en *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, 6, 2007, pp. 181-201.

BOLUFER PERUGA, Mónica, «Mujeres y hombres en el debate cultural de la Ilustración», en *Debats*, 66, 1999, pp. 156-168.

BOLUFER PERUGA, Mónica; BURGUERA, Mónica, “Prólogo” perteneciente al artículo «Género y modernidad en España. De la Ilustración al liberalismo», en *Revista Ayer*, 78, 2010, pp. 13-23.

BONELLS, Jaime, *Perjuicios que acarrear al género humano y al Estado las madres que rehúsan criar a sus hijos*, impreso por Miguel Escribano, Madrid, 1786. Extraído de Google Libros [Fecha de consulta: 11/06/21] [https://books.google.es/books?id=BfhsL-yo1gkC&printsec=frontcover&hl=es&source=gb\\_s&summary\\_r&cad=0#v=onepage&q&f=false](https://books.google.es/books?id=BfhsL-yo1gkC&printsec=frontcover&hl=es&source=gb_s&summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false)

BUCHAN, Jorge, *Medicina doméstica*, impreso por Ramón Ruiz, Madrid, 1798. Extraído de Biblioteca Miguel de Cervantes. [Fecha de consulta: 10/05/21] <http://www.cervantesvirtual.com/obra/medicina-domestica-o-tratado-completo-del-metodo-de-precaver-y-curar-las-enfermedades-con-el-regimen-y-medicinas-simples-y-un-apendice-que-contiene-la-farmacopea-necesaria-para-el-uso-de-un-particular/>

CALDERÓN ESPAÑA, María Consolación, «Presencia de la mujer en las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País (1775-1808)», en *Foro de Educación*, 12, 2010, pp. 185-231.

CANO LÓPEZ, Antonio José, *La Teoría de las Pasiones en David Hume (Del modelo clásico de las pasiones al paradigma ilustrado)*, Tesis doctoral, Universidad de Murcia, 2009. [Fecha de consulta 07/03/21] <https://digitum.um.es/digitum/handle/10201/29874>

CENTENO OROZCO, Rebeca Dolores, «Relecturas de género a teorías clásicas sobre la ciencia, el poder y la política», en *Encuentro*, 97, 36-50, 2014, pp. 36-50.

CLÉMENT, Jean-Pierre, «La Ciencia en la prensa periódica hispanoamericana del siglo XVIII», en *El Argonauta español*, 14, 2017, sin numerar. [Fecha de consulta: 04/05/21] <https://journals.openedition.org/argonauta/2617>

COBO BEDIA, Rosa, «La democracia moderna y la exclusión de las mujeres», en *Mientras tanto*, 62, 1995, pp. 107-119.

COBO BEDIA, Rosa, «Sociedad, democracia y patriarcado en Jean Jacques Rousseau», en *Papers, Revista de sociología*, 50, 1996, pp. 256-280.

DEAN-JONES, Lesley, «El cuerpo de las mujeres en la ciencia griega clásica», en *Arenal*, Vol. 7, 2, 2007, pp. 267-300.

DE MICHELI, Alfredo, «Miguel Servet y la circulación sanguínea pulmonar», en *Archivos de Cardiología de México*, vol. 73, 3, 2003. [Fecha de consulta: 21/06/21] [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1405-99402003000300001](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-99402003000300001)

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, José Luis, «La anatomía, de sus orígenes a la revolución anatómica en el Renacimiento. Juan Valverde de Amusco, en *Cuadernos del Marqués de San Adrián: revista de humanidades*», 10, 2018. [Fecha de consulta 05/03/21] [http://www.unedtudela.es/revista\\_humanidades\\_10](http://www.unedtudela.es/revista_humanidades_10)

FRAISSE, Geneviève, *Musa de la razón. La democracia excluyente y la diferencia de los sexos*, Madrid, Cátedra, 1989.

FRANCO RUBIO, Gloria Ángeles, «La Historia de las Mujeres en la historiografía modernista española», en *Spagna e Italia in Età moderna: storiografie a confronto*. Viella Editrice. Cagliari, 2009, pp. 39-70.

FRANCO RUBIO, Gloria Ángeles, «La querella de las mujeres en la prensa ilustrada: Carta a las señoras. Nueva defensa de su sexo» en FRANCO RUBIO, Gloria; PÉREZ SAMPER, María Ángeles (coord.), *Herederas de Clío. Mujeres que han impulsado la Historia*, Sevilla, Mergablum, 2014, pp. 181-192.

GARCÍA DAUDER, Dau; PÉREZ SEDEÑO, Eulalia, *Las 'mentiras' científicas sobre las mujeres*, Madrid, Los Libros De La Catarata, 2017.

GRANJEL, Luis Sánchez, *Anatomía española de la ilustración*, Cuadernos de Historia de la Medicina Española. Monografías. I. Salamanca, Universidad de Salamanca-Seminario de Historia de la Medicina, 1963.

GÓMEZ LÓPEZ, Consuelo, «El cuerpo a escena. Arte y medicina en la Ilustración anatómica de la Edad Moderna», en *Cuadernos del Marqués de San Adrián: revista de humanidades*, 10, 2018. [Fecha de consulta: 29/04/21] [http://www.unedtudela.es/revista\\_humanidades\\_10](http://www.unedtudela.es/revista_humanidades_10)

HARDING, Sandra, *Ciencia y feminismo*, Madrid, Morata, 1996.

IZQUIERDO, María Jesús, «La construcción social del género», en DÍAZ MARTÍNEZ, Capitolina y DEMA MORENO, Sandra (coord.), *Sociología y género*, Madrid, Tecnos, 2013, pp. 2-30.

HUARTE DE SAN JUAN, Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*, impresa por MONTOYA, Juan Bautista, Baeza, edición de 1594. Extraído de Biblioteca Digital Hispánica. [Fecha de consulta: 08/06/21] <http://bdh.bne.es/bnearch/detalle/170235>

LAQUEUR, Thomas, *La Construcción del Sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, Madrid, Cátedra, 1994.

LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, María Victoria, «La conceptualización de las mujeres en el Antiguo Régimen: los arquetipos sexistas», en *Manuscripts: Revista d'història moderna*, 12, 1994, pp. 79-108.



LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, María Victoria, «Los estudios históricos sobre las mujeres en la Edad Moderna: estado de la cuestión», en *Revista de historiografía (RevHisto)*, 22, 2015, pp. 147-181.

MARTÍNEZ OJEDA, Beatriz, «Mme d'Arconville y su traducción al francés de la obra de Alexander Monro *The Anatomy of the Humane Bones*», en *Panacea@: Revista de Medicina, Lenguaje y Traducción*, Vol. 14, 38, 2013, pp. 280-286. [Fecha de consulta: 11/06/21] <https://www.tremedica.org/panacea/v14-n38-diciembre-2013/>

MORENO MENGÍBAR, Andrés, «*Tota mulier in utero*. La construcción socio-sexual del cuerpo femenino en la España moderna», en *Anuario de investigaciones "Hespérides"*, vol. II, 1994, pp. 443-457.

MORENO RODRÍGUEZ, Rosa María, «La ideación científica del ser mujer. Uso metafórico en la doctrina galénica», en *Dynamis: Acta hispanica ad medicinae scientiarumque historiam illustrandam*, 15, 1995, pp. 103-150.

NAVARRO BROTONS, Víctor; EAMON, William, *Más allá de la leyenda negra: España y la evolución científica*. Valencia, Universidad de Valencia, 2007.

NÚÑEZ DE ORIA, Francisco, *Libro del parto humano*, impreso por Jayme Bordazar, Valencia, 1705. Extraído de Biblioteca Nacional Hispánica. [Fecha de consulta: 09/05/21] <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000083827&page=1>

ORTIZ GÓMEZ, Teresa, «El papel del género en la construcción histórica del conocimiento científico sobre la mujer». *La salud de las mujeres hacia la igualdad de género en salud: I Congreso Nacional*. Murcia, 9 y 10 de mayo de 2002 / Elvira Ramos García, E. (coord.), 2002, pp. 29-42.

ORTIZ GÓMEZ, Teresa, «Feminismo, ciencias naturales biomédicas: debates, encuentros, desencuentros», en *Cambiando el conocimiento: universidad, sociedad y feminismo*, Oviedo: KRK, 1999, pp. 223-245.

PICHOT, Pierre, «Hipócrates, Aristóteles, Galeno y la psiquiatría antigua», en *Salud mental*, Vol. 2, 4, 1979, pp. 21-27.

PICCONE, María Verónica, «Filosofía política, justicia y género: aproximación al pensamiento de Platón y Rousseau en torno a las mujeres», en *Derechos En Acción*, Vol. 6, 6, 2018, pp. 132-154.

SÁNCHEZ ORTIZ, Alicia; DEL MORAL AZANZA, Nerea; BALLESTRIERO, Roberta, «Anatomía femenina en cera: ciencia, arte y espectáculo en el siglo XVIII», en *Laboratorio de Arte: Revista del Departamento de Historia del Arte*, Vol. 2, 25, 2013, pp. 603-622.

SCHIEBINGER, Londa, *¿Tiene sexo la mente? Las mujeres en los orígenes de la ciencia moderna*, Madrid, Cátedra, 2004.

SEGURA GRAÍÑO, Cristina, «Veinticinco años de historia de las mujeres en España», en *Memoria y civilización*, 2006, pp. 85-107.

TISSOT, Samuel, *Aviso al pueblo acerca de su salud*, impreso por Pedro Marín, Madrid, 1790. Extraído de Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. [Fecha de consulta: 10/05/21] <http://www.cervantesvirtual.com/obra/aviso-al-pueblo-acerca-de-su-salud-o-tratado-de-las-enfermedades-mas-frecuentes-de-las-gentes-del-campo/>

VILLAS TINOCO, Siro Luis, «Ciencia y técnica en la España ilustrada», en *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, Vol. 89, 158-159, 2010, pp. 191-206. [Fecha de consulta: 29/04/21] <http://repositorio.racordoba.es/jspui/handle/10853/174>

VILLAYERDE RICO, María José, «Visiones de la mujer en la historia: de Platón a Weininger», en *Arenal*, Vol. 7, 1, 2000, pp. 149-178.